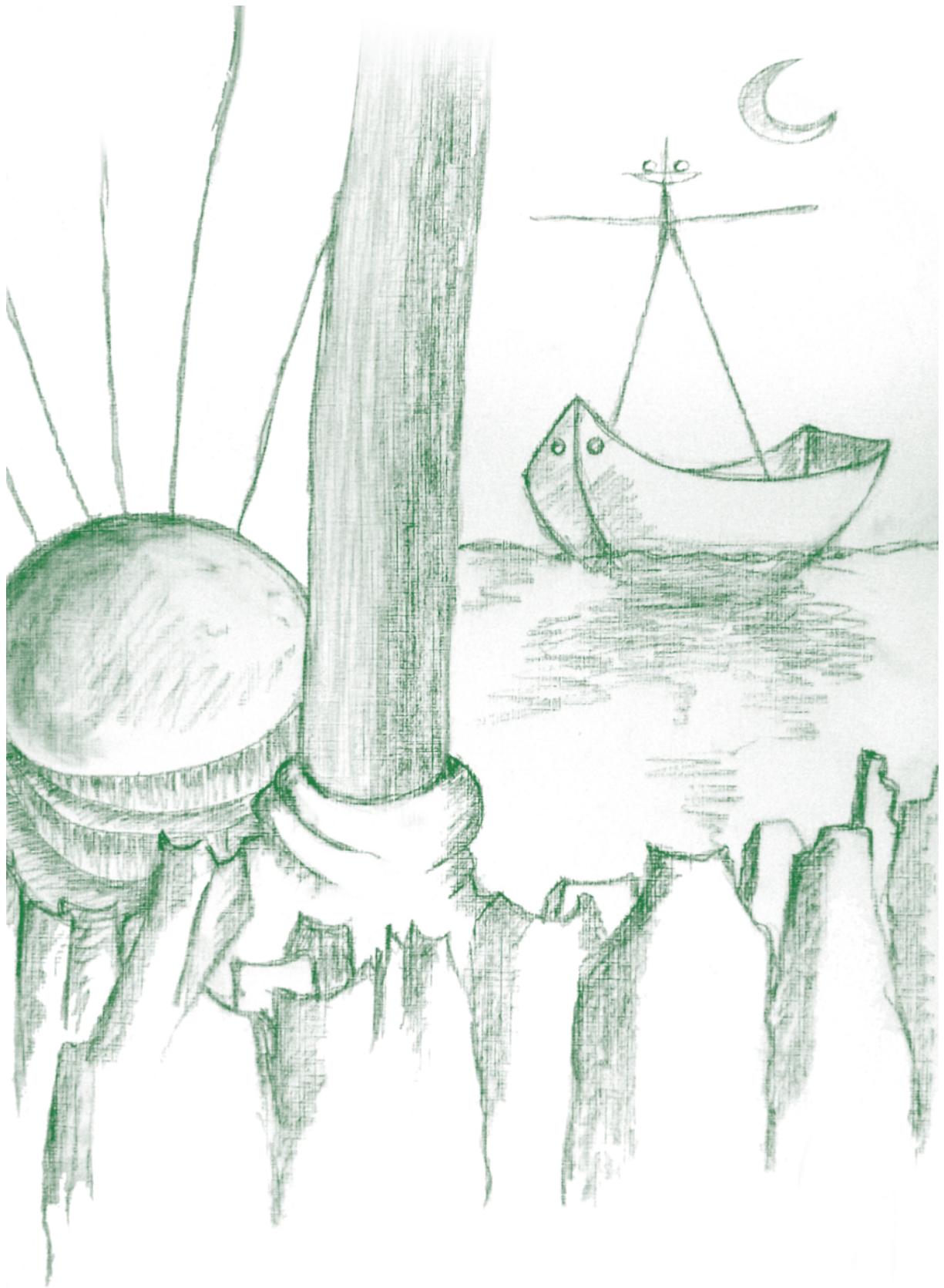


Febrero de 2009



Staff

Director

Ricardo R. Cadenas

Coordinador

Luis Straccia

Columnistas

Sabrina Perotti

Lucía Di Salvo

Colaboran en este número

Prof. Ricardo A. Elías

Gus Kassall

Marelis Loreto Amoretti

Verónica Sol Schmidt

Eugenia Bouza

Lic. Cecilia M. Pagola

Mauro Bueno

Diseño, diagramación

Gonzalo Cadenas

Ilustraciones

Hector H Grandi

hectorhugograndi@yahoo.com.ar

Propietario y Editor

Fundación Tres Pinos - Moreno

1836 6to. B - Te.:011-43722154

www.revistacrepusculo.com.ar

info@revistacrepusculo.com.ar

Impreso por DTPrint S.A.

0237-4664818

Registro de Propiedad

Intelectual

Expediente N° 592073

La publicación de opiniones personales vertidas por colaboradores y entrevistados no implica que éstas sean necesariamente compartidas por **Revista Crepúsculo**

Editorial

La primera acepción de «placer» es contentar o dar gusto, complacer y tener satisfacción en algo. Placer es también la sensación agradable física o espiritual causada por aquello que nos complace.

Desde el comienzo de los tiempos el hombre lucha por encontrar placer. Al principio, este consistía en aplacar las necesidades primarias: comer copiosamente después de haber sufrido hambre, arrojarse con una piel en días de intenso frío, tener sexo con la mujer -quizás después de haberle dado algún garrotazo en la cabeza...- deben haber sido los primeros placeres de nuestros antepasados. Pero las necesidades espirituales los llevaron a pintar las paredes de sus cuevas: ¿el placer del proceso o el de la trascendencia...? Otras cosas fueron trayendo placer: el fuego que mejoró la calidad de los alimentos, y que además reunía a la comunidad iluminándola alrededor de las fogatas y provocando espontáneamente nuevos placeres, como la comunicación cotidiana de la familia, el relato de las primeras historias y la sensación de protección contra los animales y el frío. Tal vez por eso llevamos todavía en nuestra filogenia ancestral la sensación placentera que nos da el estar cerca de un fueguito por la noche.

Con la evolución del conocimiento, las ciencias y las artes, fuimos adquiriendo comodidades: combatimos con éxito las enfermedades, mejoramos el confort, las comunicaciones y los viajes se hicieron fáciles. Y nuestros placeres se volvieron más refinados.

En ocasiones, el placer nace del sufrimiento: llorar en el cine o el teatro con una escena sentimental provoca el placer catártico de ejercitar nuestra sensibilidad; tentarse de risa en una situación solemne nos causa un placer reprimido -a pesar de que podríamos meternos en un aprieto-; resolver una ecuación matemática compleja regocija nuestro ego con el placer intelectual. Alguien se cae al suelo y nos reímos, a veces con ganas -en ocasiones, quien ríe más es quien se cayó-; y aun en el goce sexual, las sensaciones del orgasmo se inician en las mismas terminaciones nerviosas del dolor.

Placer significa además diversión y entretenimiento. En consecuencia, lo contrario, desplacer, es pena, desazón, disgusto; y también aburrimiento. Aldous Huxley decía: *La naturaleza aborrece el vacío, incluso en la mente. El doloroso vacío del aburrimiento actual es llenado y perpetuamente renovado por el cine, la radio, la televisión*

y las *historietas cómicas*. Con esta afirmación, no cabe duda de que el escritor inglés era un adelantado en su tiempo; pero el autor de *Un mundo feliz* no llegó a imaginarse que su hombre del futuro necesitaría la gran cantidad de estímulos que requiere hoy. La carrera desenfrenada para adquirir algo que calme el aburrimiento causa más dolor que placer. Hoy las *dosis antiaburrimiento* deben ser cada vez más frecuentes, más innovadoras y más costosas. La tecnología contribuye en mucho a este factor: televisores, computadoras, celulares, automóviles o electrodomésticos se hacen obsoletos en corto plazo. El efecto efímero del estímulo es cada vez más efímero, y la necesidad de conseguir otra *dosis* nos desgasta.

El placer de la comida elaborada se reemplaza por el *delivery* insulso e insano.

El placer que brinda el deseo del enamoramiento se busca en internet.

El placer de compartir una mesa de amigos es el *chateo* grupal con extraños.

El placer del sexo en las parejas de hoy resulta cada día menos frecuente.

Podríamos continuar con una lista interminable de frustraciones inconscientes, provocadas por una búsqueda equivocada del placer. Lo más probable es que esta equivocación sea causada por el desconocimiento o, mejor dicho, por el conocimiento perdido de lo que significa placer.

Queda claro que la equilibrada administración entre placer y sufrimiento no es la especialidad del hombre de hoy. Por el contrario, parece ser que dilapida posibilidades de placer y, buscando escapar del aburrimiento, se regodea con elementos que causan dolor. Incluso esa interrelación, tan profunda en nuestra era, hace que en

ocasiones el placer de algunos se transforme en el sufrimiento de otros. No estamos hablando de la sucesión de deseo, sufrimiento, dolor y placer de los enamorados, sino del alimento inadecuado que consumimos para calmar el aburrimiento.

El círculo parece cerrarse: a primera vista, gozaba más el hombre antiguo con sus pocos recursos. Sin llegar a este extremo anacrónico, podríamos decir que sería mejor administrar las inmensas posibilidades de hoy. Internet sirve para comunicarnos, informarnos, leer, ver arte: usarlo con equilibrio y durante el tiempo adecuado nos va a dar más placer que depender de la red. Hagamos lo mismo con todos nuestros recursos: preparar una deliciosa comida, invitar a amigos para compartirla, dialogar, sacar fotos y atesorarlas; tomarnos nuestro momento para un sexo espontáneo; disfrutar de una caminata en otoño; mojarnos la cabeza en el mar; besar y abrazar a nuestros hijos; dormir una siesta, o simplemente, no sentirnos culpables por no ocupar el tiempo ocioso.

Es mucho más fácil de lo que parece, pero nos empeñamos en no darnos cuenta. Nos empeñamos en recorrer una y otra vez el mismo camino que nos conduce al dolor. Al fin de cuentas, matar el tiempo no es una obligación divina, y si decidimos matarlo, seamos inteligentes en el proceso.

Ricardo R. Cadenas



Sumario

Pag. 7	El placer por el placer
Pag. 12	El goce al alcance de todos
Pag. 16	Las vacaciones de Juanito
Pag. 20	La Tragedia del Aluvión
Pag. 23	I Concurso Anual de Artes Plásticas «Crepúsculo»
Pag. 24	El Dr. Sabiduría y Mr. Placer

Pag. 29	Resultado del III Concurso Anual Internacional de Relatos Crepúsculo 2008
Pag. 30	Santamaría
Pag. 34	8, 7, 6, 5, 4, 3, 2, 1... Acción
Pag. 38	En torno al goce y al placer de leer
Pag. 41	Comer... ¡Qué placer!
Pag. 46	Un <i>phármakon</i> para el <i>displacer</i>
Pag. 50	Recomendados de Crepúsculo

El placer por el placer



Por Lucía Di Salvo León

«Diré cómo nacisteis, placeres prohibidos,
Como nace un deseo sobre torres de espanto,
Amenazadores barrotes, hiel descolorida,
Noche petrificada a fuerza de puños,
Ante todos, incluso el más rebelde,
Apto solamente en la vida sin muros»

Pedro Salinas, *La voz a ti debida*.

La fruta prohibida, los pequeños placeres imposibles, una manzana bien roja para el viejo sin dientes, una Alejandría en miniatura para el desdichado Borges ciego y un rincón para el olvido en la mente de Funes, el memorioso: melodías que suenan desde el silencio donde la música es posible, bocas que se encuentran cuando todo está perdido. Diapositivas, fotos, libros como el Decamerón -por ejemplo-, películas para mayores, cigarrillos, almendras bañadas en chocolate ¿Qué más?, el placer es algo que se entiende en su ausencia.

Sí, en ausencia -dirían ciertos gramáticos que creen en la deixis¹ al igual que un devoto cree en su dios-, a veces, el narrador lleva al oyente a reino de lo recordable o de la fantasía y le regala un poquito de la memoria que tenía guardada en el bolsillo, se la obsequia con los mismos pronombres que utilizaría si hablase desde el presente. Así, el lector o el oyente ve una puerta abierta al ayer y entra; se lo invita a tomar asiento y bebe de las aguas presurosas de un pasado, sin lugar a dudas, irremisible.

De no ser por el arte de la palabra y su capacidad de ir y venir en el tiempo sin pasajes ni equipaje, jamás podríamos volver a esa calle que tiene una ventana que fue gris y ahora es azul, nunca más podríamos besar ese beso con sabor a fruta madura, o sentir el vértigo que siente un niño al viajar en el primer vagón del subterráneo, arrodillado en la butaca de madera, con el viento escaso que el permite el encierro golpeando en el rostro. De no ser por ella -artificiosa y recurrente-, la palabra, muchos de los placeres más remotos habrían caído en el olvido.

Sin términos medios

La palabra crea una cadena indisoluble entre aquel remoto y éste preciso –ypreciado–instante, así como el placer crea una suerte de puente que no se sostiene sino de dos lados: la satisfacción de ver el deseo hecho realidad y el riesgo de llevarlo a cabo.

Así es como uno se encuentra entre el «mantente firme, no cedas» y aquella fuerza intransigente que todo lo ocupa y nada lo frena. Existen, pues, entonces, dos caras de misma una moneda: La pasión y la apatía; la primera, una fiera sin domesticar, se acerca a lo visceral; la segunda simboliza lo diametralmente opuesto al deseo, es decir, la restricción y el límite.

Restricciones

Los goliardos, aquellos poetas y clérigos que se satirizaban el papel de la iglesia y proponían el placer como eje central ante la fugacidad de la vida, habían dado un tinte humorístico y paródico a la literatura de los siglos XII y XIII.

Entre los textos que se vieron contagiados por esta dosis de parodia encontramos al *Libro de Buen Amor*; aquí, los enfrentamientos entre placer y realidad son constantes: por un lado la obra tiene un evidente matiz didáctico orientado a la moralización cristiana sobre el sexo como pecado y los peligros del amor, pero, por otro lado, se puede entrever una apología pagana que estimula a los personajes para que tengan aventuras amorosas y carnales.

La batalla filosófica entre la moral religiosa y la tendencia natural ligada a los goces del sexo es constante, para justificar semejante lascivia no quedaba más remedio que acudir a citas de autoridad que sostuvieran ideas relacionadas con la figura de la mujer y su innegable vínculo con los placeres sexuales; así es como aparecen versos con citas de exponentes de renombre tales como Aristóteles, palabras que sirven a modo de excusa para sostener la premisa ineludible de que el dinero y el placer sexual (en ese orden respectivamente) son elementos sino imprescindibles, al menos necesarios para la vida humana, -Como dice Aristóteles-, *es cosa verdadera:*

El mundo por dos cosas se afana. La primera, por ganar el sustento; la otra cosa era el tener relaciones con

La batalla filosófica entre la moral religiosa y la tendencia natural ligada a los goces del sexo es constante, para justificar semejante lascivia no quedaba más remedio que acudir a citas de autoridad que sostuvieran ideas relacionadas con la figura de la mujer y su innegable vínculo con los placeres sexuales;





bembra placentera.

Por momentos las aguas se confunden y no se sabe muy bien qué postura didáctica hay que asumir, si bien el Arcipreste aclara que los males exhibidos del Libro del Buen Amor se exponen como ejemplos a evitar, el lector puede tergiversar el texto (sin querer o queriendo) e interpretar lo contrario, es decir, interpretar que en realidad los ejemplos sugeridos son ejemplos a seguir.

La religión impone su cuota de restricciones ante los placeres -en apariencia prohibidos- y la subsiguiente culpa tras la estela de placer que genera el ver el deseo satisfecho; a veces se nos presenta con sus múltiples caras y sus ambigüedades: la religión como remedio a las heridas, la confesión como la purga del pecado, el pecado como destino inevitable, lo prohibido como puerta entreabierta entre éste, el mundo permitido y el otro, el soñado.

Mal de amores

Ya por los años 1473 y 1476 Fernando de Rojas escribía lo que sería la historia de un amor no correspondido: Calisto apela a las «malas artes» de Celestina para conseguir el amor de Melibea; muchos son los impulsos violentos que provoca el amor, muchas las contradicciones inexplicables pero pocas son las explicaciones racionales que marean y estremecen, confunden y remueven las aguas de lo racional y lo placentero.

Y al final, todo parece en la tragicomedia de la pasión: Calisto accede a las artimañas de Celestina, Melibea se resiste -en un primer momento- pero... la carne es débil y su *¡Vete, vete de aquí, torpe!*, pronto se convierte en *¿Dónde estabas, luciente sol?*; ya el odio se vuelve pasión, la distancia se vuelve encuentro furtivo, y como en un diseño circular donde ambos extremos se tocan, la muerte espía entre las sombras de aquel amor adolescente y arremete feroz contra Calisto, contra Melibea y -por carácter transitivo- contra esa tercera persona en cuestión que es el placer.

El más mesurado

Quien sea que haya escrito el Cantar de mio Cid (la discusión es larga y no viene a cuento),

seguramente pensó antes en su armonía que en la figura del héroe campeador. Rodrigo Díaz de Vivar es un héroe medido, lo afirma Menéndez Pidal y se deja ver a lo largo de sus hazañas, de hecho, casi a modo de cliché aparece la siguiente frase épica: «Fabló Mio Cid bien e tan medido».

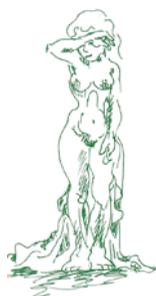
Al decir que Vivar es un héroe medido nos estamos refiriendo a la templanza de su comportamiento, a su sensatez y a su equilibrio; tres virtudes bien vinculadas con el ideal cristiano que implica resignación. Gracias a la perfecta administración de los placeres y los dolores, el Cid puede superar hasta los momentos de más honda tristeza -como por ejemplo, el episodio del destierro (vv. 1-1.086) - sin perder jamás la compostura.

Otro estudioso del Cantar, Alan Deyermond, agrega que la medida puesta en acción conlleva a la moderación y a la destreza mental y quizás en este punto se pueda decir que el hecho de que el Cid sea medido es lo que lo convierte en un héroe verista, esto se debe a que -al igual que cualquier otro mortal- no tiene más dotación que la agilidad intelectual y la prudencia, sus logros son los logros de un ser de carne y hueso que supo tomar las riendas del placer y del deber a tiempo.

La gesta del Cid responde a la necesidad de recuperar su honra luego de haber sido culpado, injustamente, de un robo; así es como al partir de su pueblo se propone limpiar su nombre y su orgullo. De más está decir que la fuerza y la valentía son dos virtudes imprescindibles para conformar la figura del héroe épico pero -y esto es lo que pondera a Vivar en el púlpito más alto-, además de estas dos cualidades, el Cid cuenta con una prudencia inconmensurable y quizás ese sea el secreto de su reputación y de su infinita gloria.

Su medida no se centra solo en lo que compete a lo personal sino que también aspira a consolidar el bien colectivo. Su placer es propio y es el placer de los suyos, la recuperación de su honra es la recuperación de la honra del pueblo.

¿Por qué se sitúa al Cid en el mismo lugar que al resto de los mortales?, los poemas épicos suelen ensalzar a los héroes al punto de constituirlos casi como semi-dioses, sin embargo,



que el Cid sea medido es lo que lo convierte en un héroe verista, esto se debe a que -al igual que cualquier otro mortal- no tiene más dotación que la agilidad intelectual y la prudencia, sus logros son los logros de un ser de carne y hueso que supo tomar las riendas del placer y del deber a tiempo.

no es esto lo que sucede con el Campeador. Esto sucede debido a que durante la expansión de Castilla, en tiempos de la Reconquista, era necesario exhibir a los pueblos un modelo de héroe alcanzable, de carne y hueso, tal como lo era Rodrigo Díaz de Vivar: un aguerrido campeador, guiado por la fortaleza de su espíritu y la solidez de sus valores pero por sobre todas las cosas, guiado por el equilibrio en lo que se refiere a las emociones y la razón.

Dos caballos, un jinete

Platón formuló la idea de que el hombre es un auriga que conduce un carro tirado por dos caballos, uno negro que simboliza al placer y uno blanco que representa al deber. El arte del auriga es lograr el equilibrio entre el corcel blanco y el negro, acompasar sus marchas de tal modo que la fogosidad del primero caballo sea acorde con la templanza del segundo.

Esto estaría en concordancia con la idea de la armonía aristotélica que se centra en el dorado punto medio, término en el que confluyen la alegría desmesurada y el exceso de penas logrando una perfecta armonía, es decir, la continencia de los dos corceles que, por momentos, amenazan con desbocarse.

El hedonismo epicureista y la dorada mediocridad de Horacio tendrían una estrecha relación con el ideal del equilibrio en lo que a placeres se refiere: por un lado, el filósofo ateniense Epicuro, explicaba que para lograr una buena vida era

preciso saber administrar los placeres y los dolores sin dejarse llevar por las emociones desproporcionadas -sin perder los estribos-. Según el filósofo, al lograr el equilibrio perfecto entre la mente y el cuerpo, se experimenta un estado de serenidad denominado *ataraxia*. La desproporción en las dosis del placer y del dolor -o la imposibilidad de lograr la *ataraxia*- se debe al impedimento a la hora de satisfacer alguno de los tres apetitos mencionados dentro de la filosofía epicureista: los naturales y necesarios (comer, beber), los naturales pero no necesarios (placeres eróticos) y los no naturales ni necesarios, es decir, aquellos que hay que evitar (las drogas).

Por otro lado, el poeta latino Horacio versifica de modo sublime todo lo que se vincula con la virtud de hallar el término medio donde confluyen el placer y la medida. En la composición del poema incluye el famoso término del *aurea mediocritas* -no para definir, como podríamos suponer, la mediocridad puesto que éste último término tiene carácter peyorativo

dentro de la lengua española- para hacer referencia a la idea del justo medio donde se halla la armonía, una armonía aurea, es decir, preciada por el mismo hecho de ser dorada como el oro.

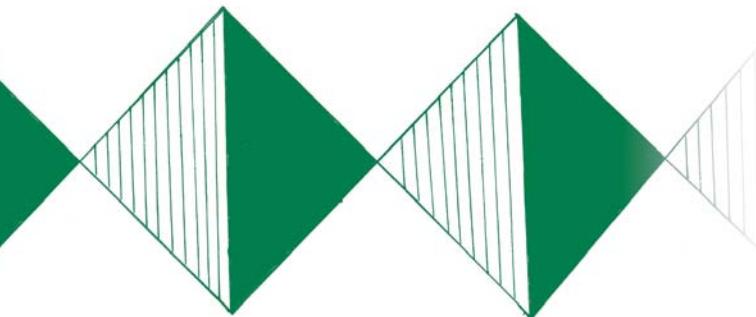
Muchas veces los corceles relinchan, se desbocan o se entregan a la pereza y se echan a dormir. ¿Cómo apaciguar el galope, el instinto y la furia? ¿Cómo evitar que los subyugue el miedo o el cansancio?.

Si la belleza, según la concepción griega, se encuentra en la armonía, a veces sin darnos cuenta nos convertimos en monstruos, vamos sembrando tempestades y, guiados por la desproporción entre el placer y la razón, nos quedamos a medias tintas entre la euforia y la más tremenda de las apatías. No es fácil demostrar quién manda aquí, si nosotros mismos o nuestros placeres, sin embargo no viene mal tomar las riendas del asunto y apaciguar el paso de los equinos hasta que queden equiparados: placer y razón en la justa medida, templanza y furia en idénticas cantidades. La sensatez ante todo.

¹ Deixis: Proviene del griego, significa señalar. La deixis es la parte de la pragmática que se vincula con las palabras que sirven para indicarnos cosas. Palabras como tú, hoy, aquí, esto, son expresiones deícticas, que nos sirven para señalar personas, situaciones, lugares, etc.



El goce al alcance de todos



Comienzo a escribir estas líneas, en el contexto de una nueva navidad. Y mientras uno deambula por la ciudad puede apreciar el frenesí con el que se vive la misma.

Por Luis Straccia

Siendo un ateo practicante, no puedo dejar de sorprenderme por la movilización que tan sagrada festividad provoca en quienes me rodean.

Un frenesí que en mucho se parece a un estado de goce, cuasi místico, en una forma de acercarse un poco más a Dios. Las calles se llenan de personas que se mueven a un ritmo vertiginoso, buscando acceder a aquello que le da forma a su ser, a aquello que llene parte de sí mismo, que le dé el complemento necesario para sentirse pleno.

Entonces, es cuando vemos cómo esa entidad que vendría a llenar el vacío existencial se materializa, y ante el asombro de nadie toma la forma de un televisor, o quizás muta hacia un celular, una multiprocesadora, o en el mejor de los casos hacia un juguete.

Por un lado, como ateo, creo experimentar cierta envidia en ver en el otro la posibilidad de creer. Me despierta un sentimiento difícil de describir, el reconocer que el otro pueda disfrutar como lo hace con el goce místico de la religión. Entonces me acerco un poco más, trato de observar... y lo que veo no es el goce propiamente dicho, a no ser que se trate de una multitud de masoquistas, que encuentren el placer en codearse en atiborradas tiendas.

Placer y Displacer...

Un día, uno al ver que los juguetes se apilan en la habitación de mi hija, y al contemplar cómo interactúa con ellos, decide que ha llegado el momento de plantar bandera, dado que se resiste a ver cómo sus ojos pierden la capacidad de percibir la sorpresa, y

se acuerda con ella que sería bueno que Papa Noel venga con libros de cuentos.

Quizás esto ocurra porque aquello que uno aguardaba durante semanas, o meses, ahora está al alcance de la mano. De la mano que se mete en el bolsillo.

Más allá de las cualidades propias de la cosa en sí –léase calidad, durabilidad, prestación, etc.– que se encuentran por lo general asociadas con el precio de la cosa, hoy por hoy podemos acceder a una serie de bienes y servicios que años atrás parecían inalcanzables.

Ese trencito a pilas monótono daba vueltas y vueltas en círculo, aquellos estáticos y rígidos soldaditos de plástico, ni que hablar de la gloriosa N° 5, eran deseados, soñados, pensados y repensados en la fantasía de cada uno hasta gastarlos antes de tenerlos. Y era también un verdadero goce descubrir que ese misterioso personaje había cumplido con su parte del pacto –uno ya lo había hecho en razón de cumplimentar una serie de obligaciones propias de la edad o del capricho materno-paterno- y lo depositó, tal lo convenido, a los pies de un simple, pero efectivo, árbol de navidad.

El goce también se experimentaba al lograr superar al tedio mediante la transformación de las piezas de ajedrez en guerreros que deambulaban por un desierto de arena, o aplastando las tapas de las botellas de vino por los extremos, convirtiéndolas así en bergantines. Es decir el goce venía de la mano del triunfo, del triunfo de la imaginación frente al aburrimiento.

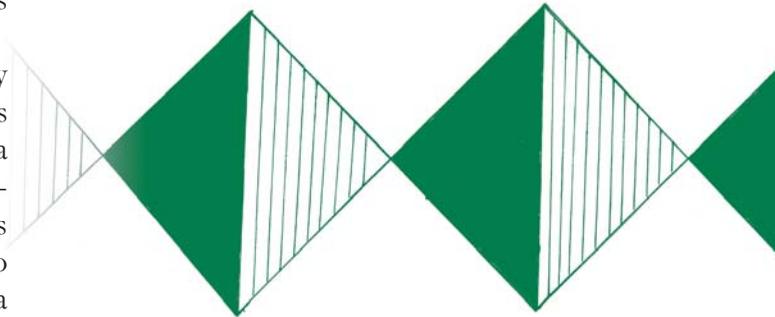
Cuando todo está dicho, cuando todo está servido, ya no queda lugar para el desafío. Existe cierta pereza que nos puede llevar a preferir que el televisor nos reemplace como padres, antes que poner el cuerpo y el cerebro a trabajar, para reconocer el placer que encierra el deber y el saber educar a nuestros hijos.

Ojo, que no se está con esto negando lo maravilloso que pueden ser la televisión, la computadora, y un sinnúmero de cosas similares. Sino lo que significa que, en un hogar donde conviven uno o más niños, el televisor esté prendido todo el tiempo en canales infantiles, aunque nadie los esté mirando.

Estamos hablando de la forma de vincularse

con los objetos, que implica también la forma de vincularnos entre nosotros y con uno mismo. Cuál es el nexo que une a un padre que, ante el hecho de realizar un viaje en auto-móvil, sienta a sus hijos atrás acompañados por un dvd portátil.

Por qué se le regala una con-



Cuando todo está dicho, cuando todo está servido, ya no queda lugar para el desafío. Existe cierta pereza que nos puede llevar a preferir que el televisor nos reemplace como padres, antes que poner el cuerpo y el cerebro a trabajar, para reconocer el placer que encierra el deber y el saber educar a nuestros hijos.

sola de juegos a un chico de 6 años, o por qué una nena se duerme mirando una película por la pantalla de la computadora, antes que hacerlo con las figuras que se pueda representar de un cuento, leído o inventado en el momento.

De la necesidad y de la satisfacción

Los objetos adquieren una carga valorativa, donde pareciera que el consumidor ha sido libre de elegir con cuál de ellos ha de satisfacer una necesidad determinada. El placer de la satisfacción de la necesidad, basta por sí solo para que el individuo sienta el goce consecuente?.

No puedo caminar descalzo, por ende adquiero un par de zapatillas. Las mismas me son cómodas, me gusta su color, pero el logo, la marca, ¿es el que usa mi clan, mi grupo de pertenencia?.

La posibilidad de adquirir el bien en cuestión está vinculada con la capacidad adquisitiva. Podríamos afirmar que este costo económico dispara el goce del sujeto para con el objeto en dos direcciones.

La primera, la más simple, habla de aquel que puede acceder a su consumo. La posesión del objeto marca pertenencia y diferenciación.

La segunda, encierra a la posibilidad de la contemplación -por un lado- nadie niega la posibilidad de mirar la publicidad en la que el producto se ofrece y seduce a todos por igual, y a la posibilidad de pensar en su compra, la ilusión de poder comprarlo en algún momento, hacen a este sujeto miembro de la misma cofradía que el anterior, aunque éste lo niegue.

Pero en este juego, no está ausente el displacer. En el primer caso, en la cuasi obligación de adquirir ese y no otro objeto similar. En el segundo, en el eterno aplazamiento de la adquisición, o en la hipoteca de la satisfacción de otras necesidades por el plazo de las cuotas de un préstamo adquirido para la compra de un auto más moderno en algunos casos, o de un celular en otros.

En una sociedad de exclusión, donde la autoestima del que la sufre se arrastra por los subsuelos, los individuos suelen estar atrapados en la red que se les impone de cumplir las expectativas que otros designan como condiciones imprescindibles para ser felices.

El acto del goce por el consumo es un acto que suele carecer de la reflexión necesaria. No hay espacio para la misma en una sociedad que busca sellar sus fisuras con mensajes constantes encaminados a favorecer el vínculo del sujeto con el objeto, y no del sujeto para consigo mismo. Es una sociedad signada por un estado de excitación permanente.

Los estímulos sensoriales, sobre todo los visuales, dan forma y cuenta de nuestros deseos. Los abdominales marcados, los senos turgentes o un par de nalgas, sirven tanto para vender helados como relojes. Las empresas ya no venden productos, venden estilos de vida a los que uno accede mediante el producto.

El spot de un auto no nos habla de las virtudes del mismo, sino del estilo de vida que es posible

llevar a partir del mismo. «soy potente, porque mi auto lo es» o «soy libre, porque mi auto me da libertad».

Otro spot, nos muestra a un joven llamado Gerardo que «colecciona...cosas, compra ropa con su mamá, se corta el pelo acá, es de los que usan la remera dentro del pantalón, no tiene fotolog...y termina diciendo «parece que Gerardo necesita...» y se nombra a una empresa de telefonía celular.

Es decir que aquel que no sigue los designios de la moda que serían propios para un joven de cierto sector social -como lo es el protagonista de la publicidad- puede obtener el pase, cambiar de status, convertirse en otro feliz, con la compra y la anexión física y comportamental de un celular.

Esta mutación de un sujeto en otro, mediante la apropiación de un bien, nos enfrenta a otro cuadro que es por demás frecuente: la inmediatez del placer. El mismo debe materializarse aquí y ahora. Citando a Luca Prodan «no sé lo que quiero, pero lo quiero ya...»

Y como todo es tan efímero, tan fugaz, el goce nunca llega a ser pleno, porque ni bien logro hacerme de esa pequeña porción del placer que me corresponde, luego de cumplir los mandatos citados, surge «**lo nuevo**» que es **sinónimo del placer verdadero** contra mi pequeño complemento que se convierte en obsoleto.

Aquello que antes se ofrecía como algo destinado a durar toda la vida, ahora se presenta como una superación de lo

El acto del goce por el consumo es un acto que suele carecer de la reflexión necesaria. No hay espacio para la misma en una sociedad que busca sellar sus fisuras con mensajes constantes encaminados a favorecer el vínculo del sujeto con el objeto, y no del sujeto para consigo mismo. Es una sociedad signada por un estado de excitación constante.

anterior, encerrando en sí mismo el concepto de transitorio. Por ende el goce que proporciona ya está condenado a ser finito y perimido incluso antes de producirse.

Este constante deambular detrás de una zana-horia de la que no somos dueños ni hemos deci-dido que se encuentre frente a nuestras narices, conforma a las caras de nuestro tiempo. Son caras de frustración. Y sino, basta con ver los rostros de quienes, en las grandes cadenas de super-mercados, con su carro lleno, hacen la cola frente a las cajas, luego de pasear durante más de una hora por las atiborradas góndolas —con la estética propia de las mismas en donde debe haber abundancia y accesibilidad—.

Son los rostros del stress, del sentir el temor de estar perdiéndose de algo que bien puede estar en el próximo pasillo, y de que a pesar de haber adquirido todo lo posible, la ausencia, o el vacío, sigue estando.

Creaciones propias y de otros

Estamos creando modelos de ciudadanos cuya característica fundamental pareciera ser la de ejercer su libertad de consumo. En donde la realización del mismo se centra en la posesión de bienes, cada vez más materiales que cultura-les, y en la ostentación de los mismos.

Relegamos a un segundo plano, el contacto real y directo con el otro que es lo que realmente nos posibilita el descubrirnos como nosotros mismos, y no como constructos de ingenieros de gustos y estilos de vida.

Desde este pequeño lugar, desde lo lúdico con una hija y desde el aburrimiento creativo, levantamos con goce las banderas de la resistencia. Porque si bien hay placer en el dejarse llevar por la corriente mientras los músculos y el cerebro se relajan, también lo hay en aceptar el desafío de dar unas brazadas en contra.



Las vacaciones de Juanito

por María
Eugenia Bouza

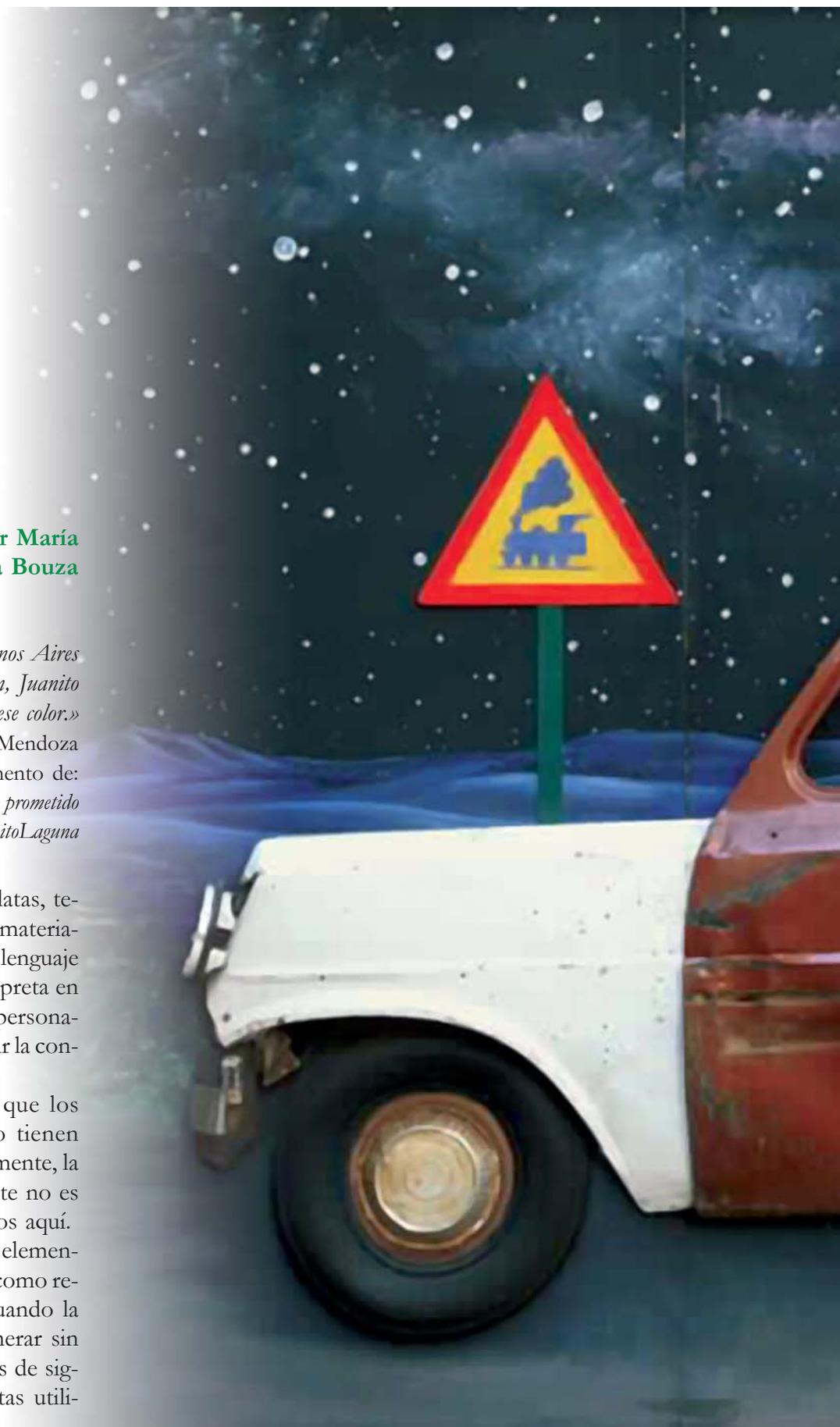
*«El cielo de zinc en Buenos Aires
agrisa las villas de cartón, Juanito
Laguna es la niñez de ese color.»*

Carlos de Mendoza
fragmento de:
*El mundo prometido
de JuanitoLaguna*

Chatarras, papeles, latas, telas, gomas. Son estos materiales en desuso, medio de lenguaje para un autor que interpreta en ellos la psicología de personajes creados para "sacudir la conciencia de la gente".

Algunos pensarán que los materiales de desecho tienen una sola función, justamente, la de ser residuo. Pero éste no es el caso que presentamos aquí.

La idea de colocar elementos de la cotidianeidad como recurso plástico surge cuando la ciudad comienza a generar sin pausa, objetos cargados de significados que los artistas utili-





zan en sus cuadros para ilustrar su contexto, por lo que resultaba más efectivo colocar un trozo de cordón que dibujarlo y pintarlo de manera hiperrealista, logrando que el espectador se acercara a la obra reconociéndose en esta suerte de ensamblaje.

Procesos artísticos similares, el *assamblage* y el *collage*, tienen en común la característica de articular objetos que poco comparten con lo artístico (a diferencia del óleo, por ejemplo). El primero se vincula con materiales tridimensionales, en cambio el segundo proviene de la técnica pictórica, donde en los años 50, Juan Gris (español que desarrolló su actividad artística en París), recortaba periódicos y fotografías para componer el espacio bidimensional.

Las corrientes artísticas europeas, llegan a los ojos de Berni a partir de que un club privado de su ciudad natal le otorgara una beca para ampliar sus estudios en el viejo continente, reconociendo en el joven de aquel 1921, dotes plásticas y una relación con el arte poco habitual en comparación a los clásicos.

Cuna de diálogos

Antonio Berni nace en Rosario, Santa fe, en mayo de 1905. Nieto de inmigrantes italianos asentados en el pueblo de Roldán, muy cercano a la ciudad rosarina, recibe una educación basada en el trabajo y la lucha, despertando cierta sensibilidad social que más tarde demostrará en sus obras.

No es sino de modo directo que la injusticia social se le presenta, siendo el diálogo, el principal motor de comunicación para su aprendizaje en el medio.

Cuenta una anécdota que a la edad aproximada de quince años, Berni se encontraba pintando un paisaje de casas pobres, cuando una muchacha de su misma edad se acercó diciendo que ella vivía en una de esas casas. Tomándolo como invitación, el pintor realizó visitas que con el tiempo se tornaron asiduas; de esta manera conoce a la familia Cañada, sobre todo, al hermano mayor de la joven al que apodaban Cañadita.

"Juanito Laguna podría ser yo mismo, pero también podría ser Cañadita, que trabajaba de

peón en las chacras durante las cosechas de maíz y trigo" profesaba el artista.

Al referirse a su período europeo, Berni pensaba que no había sido suficientemente extenso como para desarraigarlo de la realidad en la que había crecido. Simultáneamente empieza a descubrir, al instalarse en Rosario, que esa realidad era más compleja de lo que había percibido antes de su partida. He aquí que comienza con un trabajo fotográfico documental (disciplina en la que siempre demostró interés) sobre la prostitución de la zona, para su colega e historiador Rodolfo Puiggrós, tema del que luego nacerá Ramona Montiel, personaje que marca sus primeros pasos en la experimentación con el collage.

El personaje de Juanito Laguna nace como arquetipo de todos los niños que Berni conoció en diferentes condiciones de tiempo y espacio. Aparece en el año 1958 y con él logra concentrar su visión del mundo y su idea de los caminos posibles para el arte plástico.

Las vacaciones de Juanito

La imaginación de un niño no tiene límites, ni siquiera la realidad en la que vive, sea cual fuere, le impide soñar. Si hay algo que nos asemeja como hombres es que todos hemos sido niños, con las comodidades y posibilidades propias de cada quien, pero niños al fin.

La obra expuesta nace en el año 1972. Díptico sobre madera de 205,3 x 298,5 cm., representa una de las piezas de la



La obra expuesta nace en el año 1972. Díptico sobre madera de 205,3 x 298,5 cm., representa una de las piezas de la serie discontinua que el pintor argentino creó para narrar la historia que Juanito Laguna protagoniza de forma individual, con su familia y con el mundo que lo rodea.

serie discontinua que el pintor argentino creó para narrar la historia que Juanito Laguna protagoniza de forma individual, con su familia y con el mundo que lo rodea. No existe un orden en el crecimiento del niño, no guarda cronología.

Títulos como "El carnaval de Juanito Laguna", "La Navidad de Juanito Laguna", "Juanito dormido en el basural", "Juanito dormido", "Juanito jugando con su trompo", "Juanito tocando la flauta", "El mundo prometido de Juanito", forman parte, junto a muchos más, de la colección que finalizará en 1978.

No sólo la pintura sirvió para contar sobre el personaje, sino que el 10 de agosto de 1975 en La Opinión Cultural, apareció el relato El Viaje, donde Antonio Berni cuenta el traslado de Lucía con su hijo mayor, Juanito, desde una ciudad de Santa Fe hacia una villa de Buenos Aires:

«En la torre de los ingleses las agujas marcaban las ocho de la mañana cuando el tren entraba lentamente en la estación Retiro. A Juanito lo anonadó la grandiosidad de las bóvedas vidriadas y le impresionaron las llegadas, salidas de los trenes eléctricos sin comprender el mecanismo que movía esa enorme y callada muchedumbre circulante de los andenes».

Lucía se manejaba con la experiencia de otros viajes, calculó lo caro del taxi para trasladarse hasta la provincia y, como en el colectivo no permiten viajar con exceso de bultos, decidió cargar con lo indispensable depositando el resto en consigna hasta el día siguiente.

Bajaron al subterráneo en dirección a Constitución; en la cantina tomaron un café y leche con pan y manteca. Juanito seguía maravillado por todo lo nuevo e inimaginable que iba descubriendo con sus ojos asombrados pero al mismo tiempo terriblemente anulado en su pequeñez y poca importancia. Por la fría indiferencia de tanta gente que lo avecina, aprisiona y empuja."

"Las vacaciones de Juanito"

Nos habla de este niño que va de vacaciones, quién sabe dónde...

Me intriga saber qué piensa cada personaje, espero que ustedes se llenen de preguntas para no sentirme tan sola en este viaje. La familia atrapa la atención, cinco integrantes que atien-

den al camino que llevan recorriendo: ¿contemplarán el paisaje?, ¿ansiarán la llegada?

El blanco chatarra se asoma por la derecha generando movimiento, se dirige hacia el lado opuesto dinamizando la escena tanto como el blanco pañuelo de la muchacha que acom-



La familia atrapa la atención, cinco integrantes que atienden al camino que llevan recorriendo: ¿contemplarán el paisaje?, ¿ansiarán la llegada? El blanco chatarra se asoma por la derecha generando movimiento, se dirige hacia el lado opuesto dinamizando la escena tanto como el blanco pañuelo de la muchacha que acompaña al niño en la parte trasera de la camioneta.

paña al niño en la parte trasera de la camioneta.

Quizás los tres personajes en la cabina de la camioneta podrían estar escuchando la misma música que se les presenta a los de atrás como una sinfonía para percusión con acompañamiento de motor.

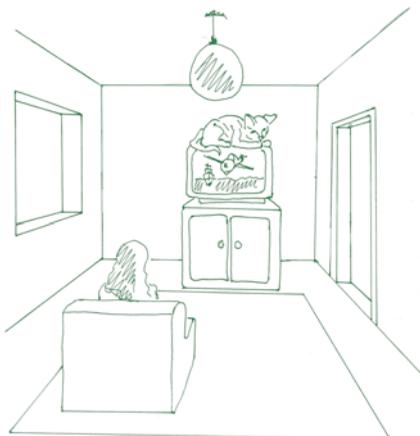
El rojo señal avizora que se encuentra cercana la estación del ferrocarril. ¡Qué más ilustrativo que el propio cartel para dar cuenta de la misma.

Una noche estrellada les augura calma para el largo viaje, toda una compañía.

El viento en la cara imprime una sonrisa que se recorta en la inmensa superficie nocturna y se agradece sentir.



La Tragedia del Aluvión.



Por el Prof.
Ricardo A. Elías

En 1992, un aluvión proveniente de la acumulación de grandes cantidades de sedimentos y árboles, producto de la implacable lluvia, bajó por un estrecho canal, arrasando con todo a su paso desde la cordillera al centro mismo de Santiago de Chile, inundando casas...

...destrozando calles, muros, volcando autos y dejando una gruesa capa de barro y piedras de suelo. Sin duda fue un momento desolador para la mayoría de los santiaguinos, trágico. En ese entonces mi casa quedaba cerca del canal aquel, hacia el norte, justo por donde el lodazal no bajó. Algo de barro cubrió el césped de mi jardín y algunos pedazos de árbol hubo que retirar desde el frontis, pero nada grave. Supongo que lo mismo me hizo concertar una mirada exterior a los acontecimientos principales, para volcarme hacia los detalles que siempre acompañan a éstos y que finalmente son las piezas más valiosas en la concertación de un evento. Apoyado a una pala en la calle fui testigo de un hecho irrelevante: vi pasar por el río hacia abajo, un televisor navegando con la calma de un barco que se deja arrastrar por el viento en una dirección fija y cuyas velas estaban representadas por unas igualmente enormes antenas plata. Detrás, un gato gordo nadaba ahogándose en ese hostil y correntoso medio. Entonces se le presentó la oportunidad sagrada: la televisión, en su vaivén, hundió la punta superior trasera. Inmerso en un acto automático, el gato olvidó su gordura y saltó sobre el armatoste quedando completamente a salvo, al mando del buque maestro, probablemente con la misma secreta esperanza de que esas antenas bajarían sus enormes velas inexistentes. Y así continuó por la corriente, domando las olas como un jinete hasta perderse en la curva que da el canal junto a la calle. ¡Qué momento! una indescriptible sensación de agrado me produjo ese hecho en medio del desastre.

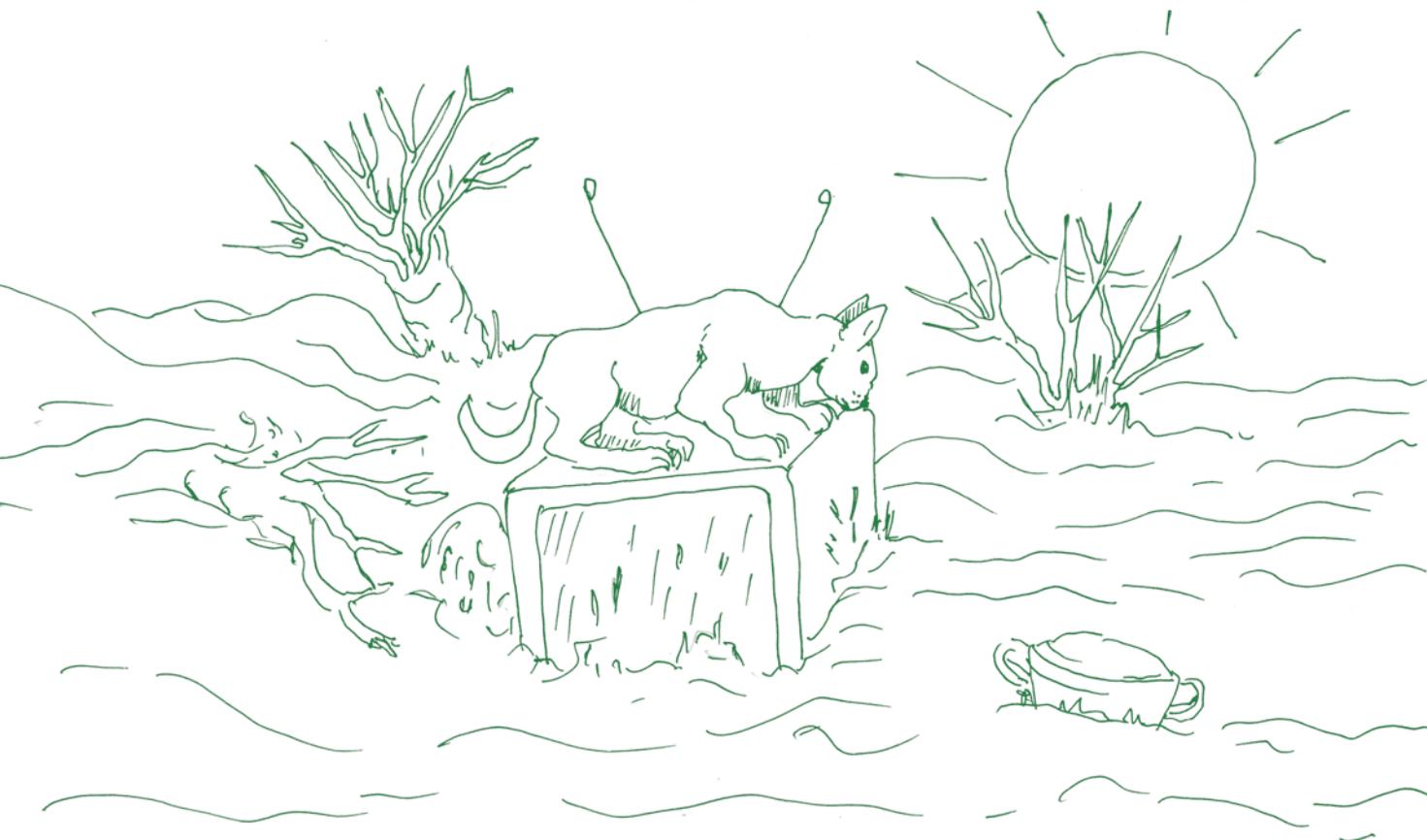
El placer es justamente una sensación agradable, del tipo breve, acotada. En ese instante trataba de imaginar el placer físico

La escena y mi rol de espectador tenían la misma aura que una exposición de arte contemporáneo —cosa que disfruto bastante cuando el artista ha invertido en buenas bandejas de canapé para los visitantes- o que un concierto en vivo, en espacio acústico, de la sinfónica tocando a Hindemith, impagable.

Apoyado a una pala en la calle fui testigo de un hecho irrelevante: vi pasar por el río hacia abajo, un televisor navegando con la calma de un barco que se deja arrastrar por el viento en una dirección fija y cuyas velas estaban representadas por unas igualmente enormes antenas plata.

que debió experimentar el felino cuando, previo a sucumbir a una muerte por ahogo, se le presentó el salvavidas, cuyo origen perfectamente podría haber sido (la zona así lo indicaba) un hogar sencillo, donde la compra de un televisor significa un enorme esfuerzo económico, por lo tanto una gran pérdida, sumada a otras cuantas más que posiblemente habrían tenido. Quizás cuántos de esos camarotes, colchones, muebles descuartizados, adornos y juguetes pertenecían a la misma humilde familia.

La escena y mi rol de espectador tenían la misma aura que una exposición de arte contemporáneo —cosa que disfruto bastante cuando el artista ha invertido en buenas bandejas de canapé para los visitantes- o que un concierto en vivo, en espacio acústico, de la sinfónica tocando a Hindemith, impagable. Dato curioso: nunca me han atraído los gatos ni los televisores; sin embargo este batiborrillo, junto con el gigantesco brazo de agua guiado nada más que por las fuerzas de la naturaleza, me fue inmensamente atractivo espiritualmente. Quizás en términos objetivos era una bonita imagen, pero hacerme sentir tal plenitud interior, como un fulgor inmenso que me recorría todo el torrente sanguíneo hasta contenerse en la garganta, pedía a gritos una racionalización enérgica ante las circunstancias y aunque siempre he creído que buscarle un sentido y una explicación a todo es un acto puramente egocéntrico, pensé: «probablemente esta sensación se detona producto de la ocasión tan poco alegre, como un sistema de defensa propio de cada uno» tan eficiente que me hace recordar el hecho hasta hoy, como un breve momento feliz del pasado. Efectivamente los cómicos saben que la risa se genera cuando hay un inesperado, cuando en un constante se produce un quiebre, cuando, inesperadamente, alguien se cae de la silla. La imagen en



sí misma, quizás, no era tan poderosa como la gravedad del contexto y mis sentimientos frente. Recuerdo que hace un tiempo un amigo me comentó lo fácil que era tentarse de risa en un funeral, que en medio de esta férrea imposición de respeto por las circunstancias desplegada, el nervio de la risa prohibida tiende a salirse por todas partes, constituyendo un modo de escape. Pero, ni bien perdiendo de vista al gato y su nave, vino entonces la razón, con ella el sentimiento de culpa al evaluar la tragedia, las víctimas y el objeto-patrimonio... que salvó la vida del gato. Frente a esta asociación disyuntiva placer-tragedia es imposible no detenerse en el principio del Utilitarismo inglés de Bentham, que postula que el placer personal es inseparable del placer colectivo y una acción es injusta cuando tiende a producir el contrario de la felicidad en lo ajeno y felicidad en lo propio, suena muy lógico pero... ¿Está realmente el placer condicionado por este mecanismo?.

La interrelación en la que este mundo nos obliga a vivir hace que continuamente lo que significa placer para algunos signifique tragedia para otros, irremediamente estos conceptos conviven chocando así como los miles y distintos intereses que todos tenemos. Cuando ganamos el primer premio en un concurso, dejamos atrás a una gran cantidad de participantes que dieron de sí toda su energía en la consecución de una obra, meses de trabajo que no valieron nada. Probablemente algún desamparado halló la televisión navegante una vez encallada en el pavimento de una avenida cuando el aluvión se disipó y pudo venderla para comprar algo de comer, por ejemplo. De igual manera, desde mi postura de espectador frente a los hechos, hubiera sido imposible no sentir una culpa posterior, por cuanto todo se daba en medio del más inesperado de los desastres. Sin una especie de ingenuidad, en la sensación, no hubiera sido posible, en ese minuto no estaba disfrutando de todas las familias que perdían su casa por el aguacero, eso estaba fuera de mi cabeza y volvería una vez que volviera también la consciencia.

Placeres ingenuos y amorales como éste componen la vida, nos llenan de pronto el espíritu sin mediar acción intelectual y nos entregamos a ellos como niños. Si buscamos en nuestra



Logro entender que el precioso momento del gato y el televisor en ese contexto desafortunado tiene un valor netamente subjetivo y legítimo, fuera de toda la lógica y ética que constantemente tiende a encerrarnos en estructuras rígidas construidas por otros.

memoria encontraremos miles y ciertamente encontraremos también otras miles de satisfacciones desechables que el mundo nos ofrece, publicidad mediante, rotulados bajo el concepto «placer» y que tienen que ver básicamente con crear la necesidad de lo que no necesitamos. Poseen las singulares características contrarias: no son ingenuos, sabemos lo negativo que son y van acompañados, caminando al paso, abrazados románticamente, de la culpa más evidente que existe. Estos son los que la gente llama «placeres culpables» y aunque están estrechamente relacionados con la vida del ser humano moderno no hacen un real aporte, son vacíos y hasta nefastos en algunos casos.

Logro entender que el precioso momento del gato y el televisor en ese contexto desafortunado tiene un valor netamente subjetivo y legítimo, fuera de toda la lógica y ética que constantemente tiende a encerrarnos en estructuras rígidas construidas por otros. Hace falta, de pronto, identificar con libertad más de esos gatos y esos televisores en medio del canal.

Ese placer bobo, simple, es en realidad profundo, omnipresente, va dando forma a la vida; nos empuja a conseguir nuestros objetivos más personales y hace que -aún pasado 16 años- lo sigamos guardando en la memoria como el tesoro que es y que nunca nos detenemos a valorar verdaderamente.



I CONCURSO ANUAL DE ARTES PLÁSTICAS «CREPÚSCULO»

Participantes

Podrán participar en este concurso personas de cualquier nacionalidad, mayores de 18 años.

Temática

Cada autor debe enviar 4 (cuatro) obras de su autoría para participar de este certamen. No pueden participar obras que hayan sido premiadas ni exhibidas anteriormente.

Los temas que deben ser representados son los siguientes: la SUERTE, el PECADO, el PODER y el MIEDO.

El concurso establece que cada obra debe representar cada uno de los temas descriptos (una obra que represente la suerte, una segunda que represente el pecado, una tercera que represente el poder y una cuarta que represente el miedo).

Técnicas

El dibujo es el medio propuesto para este concurso, en cualquiera de sus variantes tradicionales o técnicas mixtas que incluya alguna de estas variantes. La técnica puede ser dibujo en blanco y negro o color (incluye acuarela). Las obras deberán ser originales, no se aceptarán copias, ni obras fechadas antes de 2007.

Formato

Las obras a concursar deberán poseer un tamaño A4 (21 x 29,7) y deberán presentarse dentro de una carpeta (puede ser una sola carpeta para las cuatro obras). Dentro del sobre, también, deberá adjuntarse un sobre cerrado (plica) en el cual se coloque un seudónimo en el anverso y dentro del mismo los siguientes datos: el nombre de la obra, la firma del autor, el nombre y apellido completo del autor, una pequeña nota biográfica, DNI, número de teléfono, dirección completa y dirección de correo electrónico. La obra no debe estar firmada.

Recepción de las obras

El plazo de presentación de las obras será hasta el 31 de marzo de 2009 inclusive (se tomará como válida

la fecha del matasellos del correo). El fallo se dará a conocer durante el mes de mayo

Las obras deberán ser enviadas por correo postal (no se reciben obras vía mail) a:

Primer Concurso Anual de Artes Plásticas «Crepúsculo». Fundación «Tres Pinos», Moreno 1836, 6o. «B». CP 1094, C.A.B.A., Argentina

Premios

Se otorgarán 4 (cuatro) primeros premios de \$600.- cada uno (un ganador por cada categoría temática) y tres menciones de honor (también por cada categoría).

Los 4 galardonados recibirán, también, como premio la publicación de su obra en la tapa de la Revista Crepúsculo y el respectivo diploma. Asimismo, las menciones de honor tendrán como premio la publicación de las obras en el interior de la revista y el correspondiente diploma.

El jurado

El jurado (cuyos nombres serán revelados en el momento de la entrega de premios) estará compuesto por importantes personalidades del ambiente artístico. Su decisión será inapelable.

Términos Legales

El autor no pierde los derechos de la obra enviada. El concurso podrá ser declarado desierto. Cualquier contratiempo que se presente en el concurso y que no esté previsto explícitamente en estas bases será resuelto por el jurado.

Todos los trabajos presentados quedarán en poder de la Fundación Tres Pinos, reservándose el derecho a publicarlos, si así lo considera oportuno, por cualquier medio o soporte, siempre que figure el nombre del autor/a.

La presentación al concurso implica la aceptación de estas bases.

El Dr. Sabiduría y Mr. Placer

¡Pica Juan Placer detrás de tu sombra!



Por Verónica Sol Schmidt

Hay que disfrutar en un escondite seguro. El placer es un felino de la noche que juega con las sombras, que ve donde no vemos; una criatura hábil pero indefensa que busca un hogar y quiere que la acaricien.

Es un minino hambriento, y hay que cuidarse de no alimentarlo de más... caso contrario, tiene la batalla ganada: porque el placer siempre vuelve a su dueño, como el animal que retorna a aquél que le provee comida.

Pero no, ¡NO, por todos los cielos!, que no te seduzca este duende siniestro, que más que a una mascota se asemeja a la Viuda Negra. Sucede que, por ardiente paradoja del destino, el placer es aún más dulce cuanto más oscura es la sombra que oculta su silueta; y mientras más profundo e indefinidamente infinito es el agujero que lo cobija, el placer, que sacia un algo por definición ausente, puede ser más cruel que la misma Ausencia. ¿Sus abismos? ...siquiera cabe esa pregunta. Es que el placer sin límites, sin medida, juega a seducirnos y envolvernos con sus trucos, sus promesas y deleites. Y mientras más y más caemos en el juego, más y más nos ocultamos para disfrutar de eso que, en compañía de otros, escondemos.

Está el yo monótono de todos los días, el de café y diario a la mañana, el de la oficina. Del otro lado del ring, aparentemente más pequeño y menos alimentado, de textura débil y aspecto frágil, está el yo de la puerta para adentro, el del cuarto sin ventanas, el que solo uno conoce. Es el yo de la trastienda, el yo que no lucha con la culpa (porque ese partido es del otro), el yo-tú-él (para qué asquearse, vale para cualquiera) que el placer seduce y degenera.

Es que a veces el hombre goza con lo que la Biblia condena (y es que, dicho sea de paso, la rebelión contra el padre es también un tipo de placer). Estamos hechos para padecer esto, para ponerle control al desenfreno, para gobernar nuestro lado animal y

someterlo. Sin embargo, el disfraz es un aliado del placer, y el escondite, su fiel mano derecha. Y si el placer acusa sufrir agorafobia no hay que internarlo en el mismo sanatorio por mucho tiempo, no vaya a ser que se abrigue en nosotros y crezca en nosotros hasta apoderarse de nuestros más oscuros deseos y querer convertir en realidad lo que no pasaba de un ensueño.

Tal vez Sigmund Freud haya podido explicar, de alguna manera, esta terrible estrategia ocultista del placer, que busca nuestros rincones más frágiles para acecharnos y los espacios más remotos para esconderse. El inconsciente, en este sentido (el del escondite), es un buen candidato. Allí va a parar todo aquello que anhelamos y tratamos de reprimir, pero de lo que no nos podemos deshacer porque, como buen aprendiz del placer, el deseo sabe ocultarse allí donde no lo vemos para acecharnos. La receta de Freud es básica y sencilla para ser puesta en práctica por amateurs: un poco de inconsciente aquí, un poco de sueños, actos fallidos y bromas por allá y... voilà, aquí tiene usted su pasión oculta sazónada y humeante.

De todas maneras, estos últimos tres recovecos son engañosos, y el ojo agudo se las puede ingeniar para penetrar en ellos y descubrir las pasiones que esconden. Pues los sueños, los actos fallidos y las bromas no constituyen sino aquellos lugares donde el placer deja percibir un leve resplandor y va dando, aunque a cuentagotas, indicios de su nombre, forma y magnitud. Estos son, entonces, los caminos más directos por los que el psicoanalista puede llegar a conocer nuestros secretos y develar nuestros placeres para apresurarse a correr enérgicamente hasta la pared de meta al grito de «¡pica para todos mis compas!».

La llave del placer

Llámele usted como quiera: Juan Placer, Carlos Placer, José Placer, Fulano Placer, Mengano Placer, es un placer escondido. No le gustan los papeles estelares, eso de vestirse ostentosamente de plumas y salir a brillar al escenario, ¿para qué? ...si tiene la llave de la puerta trasera. Sale de casa por la noche, a la luz de las sombras



si el placer acusa sufrir agorafobia no hay que internarlo en el mismo sanatorio por mucho tiempo, no vaya a ser que se abrigue en nosotros y crezca en nosotros hasta apoderarse de nuestros más oscuros deseos y querer convertir en realidad lo que no pasaba de un ensueño.

y nunca avisa cuándo regresa. Lo malo: *siempre* regresa.

El placer es codicioso, angustioso y egoísta. Es el pequeño diablillo a la izquierda del hombro que juega a seducirnos con sus lujosas promesas hasta vencer a su contraparte angelical del lado derecho que se esfuerza inútilmente por hacernos entender que una vida de sacrificios tendrá, remotamente, sus recompensas. Pero no, quiero el placer AHORA... y el enano rojo con tridente gana la pelea. Nos devora hasta convertirnos en sirvientes del placer, hasta besarle los pies, erguirle monumentos y rendirle toda clase de tributos. La poción del placer, dedicar una vida a alimentarlo, es una pócima sin antídoto: «No, señor, el señor se ha ido, se ha ido hace unos ocho días cuando lo escuchamos gritar el nombre de Dios; y quien está allí en su lugar y por qué permanece allí, es algo que clama al cielo, señor Utterson» (pág. 62).

Así, al menos, lo ilustra un relato muy famoso de Robert Louis Stevenson. **El Dr. Jekyll y Mr. Hyde**⁶ es una historia que habla de las pasiones ocultas y de su más seguro escondite: nuestro interior mismo. Y, aunque tal vez la trama resulte exageradamente paroxística, cumple a rajatabla el papel en que ninguna fábula ha de fracasar: dar una efectiva moraleja. Tal vez la imagen de nuestro placer se ve mejor reflejada en la figura de Hyde que la fusión de la lluvia y el sol en un arco iris. Porque si algo somos es la mezcla de otros algos, y de esos ingredientes principales hay que

cuidarse bien de que el placer no tome el cincuenta por ciento, o nuestra razón y autogobierno perderán partido. Es que el placer sobrealimentado no es para nada educable, y si lo mando a dormir es probable que desobedezca o, tal vez, se vaya a la cama conmigo. Tétrico.

El placer de Jekyll se llama Hyde (Hyde Placer, mucho gusto), y es el que entra y sale por el laboratorio. Es el que tiene la llave de la puertecita pequeña y taciturna que, como placer entrenado, ha de utilizar para pasar inadvertido...

El problema real surge cuando el placer se convierte en ventríloco del alma. Y este vampiro que sólo se sacia en la noche metafórica (es decir, en nuestros más oscuros recovecos), puede llegar a recitarte al oído una partitura que contiene las notas de la muerte. Esta historia no es verdad, pero tiene algo que la torna escalofriantemente posible y que le hace anhelar a uno no haber nacido nunca siendo un «ser anhelante». Pues así le sucedió a Henry Jekyll. Este honrado hombre dedicado a la ciencia y el descubrimiento había sido seducido por los placeres más oscuros. Igual que el hombre corriente que camina por la vereda soleada con su maletín de trabajo, con su vida corriente, su calvicie corriente y sus problemas financieros, tan corrientes, Jekyll gobernaba sus impulsos y pasiones volcando su energía en otro lado, abandonando las ideas descabelladas de llevar a cabo aquello que el placer incitaba y su razón se desvivía por enterrar. Tan corriente lucha ésta.

«Los placeres que me apuraba a buscar a mi pesar eran, como ya he dicho, indignos. (...) Pero en manos de Eduard Hyde empezaron a volverse monstruosos. Cuando retornaba de esas excursiones, me quedaba asombrado por mi vicaria depravación. Ese familiar que provenía de mi propia alma y lanzado a la búsqueda de placer se volvía inherentemente maligno y villano» (pág. 92). No hay que cederle al peón del placer más casilleros de los que le corresponden...

Y sí, había que tocar fondo. El desenfreno de Mr. Placer obligaba a esta personalidad escindida a llevar a cabo las hazañas más violentas que un corazón envilecido pueda llegar a anhelar. Y Jekyll se había dedicado tanto a cuidar este lado macabro de su alma que terminó siendo él quien obedecía las órdenes del placer y no a la inversa.

Ya no más sometimiento de Hyde. Así fue como, en una de sus aventuras, esta sombra hecha cuerpo, con su deseo de violencia y su falta de gobierno, fue capaz de cometer el terrible asesinato de Carew, un miembro del parlamento. Pobre Dr. Sabiduría, el placer se había convertido en su titiritero.

Para la policía no resultó nada fácil encontrar a Eduard Hyde y apresarlo. De hecho, la búsqueda fue completamente en vano. Es que Hyde era un sujeto cuyo rostro podía ser adjudicado a un nombre sólo por pocas personas. Tan pocas, que era imposible reunir pistas

El desenfreno de Mr. Placer obligaba a esta personalidad escindida a llevar a cabo las hazañas más violentas que un corazón envilecido pueda llegar a anhelar.



suficientes para seguirle el rastro a alguien que aún se ocultaba en el mejor escondite que le dio la naturaleza: el cuerpo de su esclavo. Pues el placer sabe con certeza que no le revelamos casi a nadie nuestras más oscuras pasiones.

De todos modos, cada uno es el más justo verdugo de sus insanos impulsos, y la razón y el autodomínio resultan la mejor prisión que este trasgo endemoniado puede esperar. Así, Jekyll era aún tan Jekyll (es decir, no del todo Hyde) como para ser consciente de la gravedad de semejante asunto. No sólo la culpa, sino el hecho

Jekyll se había dedicado tanto a cuidar este lado macabro de su alma que terminó siendo él quien obedecía las órdenes del placer y no a la inversa.

de imaginar una mancha sobre su afamado nombre y la pérdida de estribos sobre un juego que se burlaba de este peón, haciéndolo pecar y gozar paralelamente para terminar sometiéndolo, lo condujeron a querer renunciar a esta vida de placeres y volver al científico amigable que solía ser antes de que Hyde Placer, entrometido y dulce parásito, se apoderara de la llave.

No tan rápido

Tal vez Jekyll haya hecho su mejor esfuerzo. Después de todo, ¿qué le debía a la bestia en que se había convertido su placer? Ahora lo ahogaban la desesperación y el desconsuelo, y no confiaba ya en sí mismo. La desesperación (¿aliada de qué otro hado escandaloso?) lo había obligado a mostrarse inseguro, desolado y angustiado ante su amigo Utterson (abogado al que confiesa, al final del relato, la verdadera explicación de sus transformaciones) y a entregarle una su-puesta carta escrita por el asesino.

En este punto, la escritura encuentra un paralelo con aquellas vías de escape que, según Freud, eran las recón-ditas ventanas del inconsciente. Pues, al igual que los sueños, los actos fallidos y las bromas, el manuscrito deja entrever rasgos del Dr. Jekyll en la letra del asesino. Así, al ser compa-radas por el señor Guest ambas escrituras, se pudo conocer que la carta no había sido escrita por otra persona que el cientí-fico. La escritura, entonces, más que un escondite, resulta un espacio de fusión donde el yo y el placer se reúnen, donde este último se quita la máscara y (aunque tal vez a tornasol) se hace visible.

La vuelta de Jekyll a su vida «normal» duró lo que un relám-pago. Su alma ya estaba demasiado corrompida como para poder evitar otra transformación, pues el monstruo estaba haciéndose fuerte y no necesitaba de la pócima para venir al mundo. Mientras tanto, la persona Jekyll sufría en su conciencia una lucha incesante entre él y su placer, y siendo inevitable la victoria del parásito, el científico decide quitarse la vida. Jekyll se aventuró demasiado al abrir de par en par las puertas que aprisionaban su carácter. Los placeres ocultos, los placeres indignos, no tienen



piEDAD con aquellos «valientes» que se atreven (¡y nunca una pispeada a la letra chica del contrato!) a pactar con ellos... La sobredosis sanguínea que causa una copa tras otra de placer es un delirio con consecuencias irreparables.

Aún así, no es que haya que llegar a los extremos, siempre es bueno un poco de todo aquello que pueda controlarse. Mejor ser muchachos sometidos, mejor obedecer a la razón y no al placer, y encerrarse de vez en cuando, pero guardando la llave en un cajón seguro cada vez que abandonemos la penumbra, no vaya a ser que el Placer se apodere de ella y dé paso a su tirano gobierno.

«¡Oh, mi pobre viejo Henry Jekyll, si alguna vez leí la marca de Satán en un rostro es en el de tu nuevo amigo» (pág 30). Y he aquí nuestra moraleja. (Hasta el placer empacha).

La marca de Satán...

No sólo la noble historia de este hombre atormentado por sus pasiones intenta aclarar la lucha interna que cada cual hace o debe hacer con el placer en esas circunstancias de la vida en que le damos mayor importancia y éste se torna poderoso. También Platón supo plasmar que la esencia del placer no compete a los asuntos del Bien, en un diálogo donde se mezclan y debaten algunos dogmas del pensamiento socrático.

En Filebo o del placer, Sócrates, Protarco y Filebo discuten acerca de qué cualidad se acerca más al supremo bien, sosteniendo estos dos últimos que el segundo puesto lo gana el placer, mientras que el primero afirma que ese lugar le corresponde a la sabiduría. Lo interesante es que, para demostrarlo (y claro que lo demuestra), Sócrates, valiéndose de su gastado método de la mayéutica, hace reconocer a estos dos hombres que en realidad el ser humano no es uno, sino que es dos. Conclusión a la que, sorprendentemente, también arriba Jekyll en su declaración completa del caso, al final del libro.

El bien, pues, debe buscarse en una vida «mezclada» porque somos seres mixtos, hechos un poco de placer y otro poco de sabiduría. Es decir, somos seres potencialmente puros en el sentido socrático porque siempre hay en

nosotros una mezcla. Esta mezcla contiene todas las ciencias ya que devienen necesarias, pero sólo algunos placeres, los que resultan buenos y no dañan el ser. Pero si alimentamos más y dejamos abierta la puerta al resto de los placeres podemos crear un monstruo (¿Hydenstein, tal vez?). Pues, en esta vida de doble naturaleza, esa parte agónica de la intersección, esa línea contra línea donde el placer y el yo (digámosle «razón») se disputan por atravesarse mutuamente, por robarse las hectáreas uno a otro y apoderarse de los votos de nuestros sentidos, puede terminar atormentando mortalmente nuestra conciencia.

Es preferible no deslindarse, quedarse en el equilibrio y evitar alimentar demasiado los placeres, porque una sobredosis extrema de placer puede llegar a sepultar para siempre nuestro lado cognitivo y luminoso, nuestro lado racional y gobernado... nuestro Jekyll. Mejor vernos sabios ante el espejo, antes que descubrir que el reflejo nos devuelve la marca de Satán.

é Stevenson, Robert Louis, El Dr. Jekyll y Mr. Hyde Buenos Aires, Losada, 1999.



El bien, pues, debe buscarse en una vida «mezclada» porque somos seres mixtos, hechos un poco de placer y otro poco de sabiduría. Es decir, somos seres potencialmente puros en el sentido socrático porque siempre hay en nosotros una mezcla.



Resultado del III Concurso Anual Internacional de Relatos Crepúsculo 2008

Por tercer año consecutivo, la Fundación Tres Pinos y la revista Crepúsculo, llevaron a cabo el Concurso Internacional de Relatos -en las instalaciones de La Casa de Salta el día miércoles 10 de diciembre- como una iniciativa más en el aporte permanente al fomento de la cultura a través de la escritura y la lectura.

Un jurado de notables, integrado por Vicente Battista, Fernando Sorrentino y Gabriel Bellomo evaluó más de 300 cuentos y expuso el siguiente veredicto:

El primer premio –acreedor de 2000 pesos- fue para Gustavo Boschetti de Rosario por el cuento Santamaría, el segundo premio fue para Elisabet Adriana Jorge –acreedor de 1000 pesos- de la Ciudad Autónoma de Bs. As. por el cuento Ajedrez. El tercer premio –acreedor de 500 pesos- fue para Sofía Castaño de de la Ciudad Autónoma de Bs. As. por el cuento Lavandina.

Además recibieron menciones de honor los siguientes participantes: Juan Pablo Fiorenza (Adrogué) por No deje de leer; Eduardo Kadener (Buenos Aires) por La verdad sobre la muerte de John Kennedy, María Victoria Muguira (Estados Unidos) por Wanda, Ricardo Cardone (Buenos Aires) por El hombre eterno, Rubén Oscar Leva (Santa Fe) por Lo importante es competir, Ricardo Gabriel Curci (Castelar) por Cecilia y María Marta Ochoa (Capital Federal) por Brusmania.

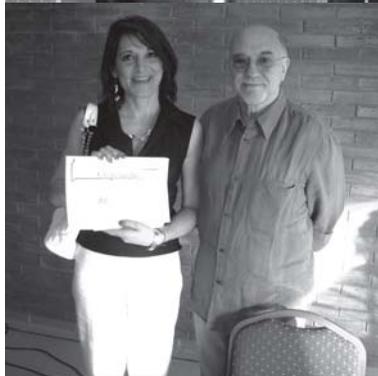
Damos nuestras más sinceras felicitaciones a los galardonados y los esperamos en las próximas celebraciones del Concurso Internacional de Relatos Crepúsculo.



El primer premio fue para Gustavo Boschetti de Rosario por el cuento
Santamaría



el segundo premio fue para Elisabet Adriana Jorge de la Ciudad Autónoma de Bs. As. por el cuento
Ajedrez



El tercer premio fue para Sofía Castaño de de la Ciudad Autónoma de Bs. As. por el cuento
Lavandina



Por tercer año consecutivo, la Fundación Tres Pinos y la revista Crepúsculo, llevaron a cabo el Concurso Internacional de Relatos



Santamaría



Por Gustavo Boschetti
*ganador del primer premio en el
tercer Concurso Anual Internacional
de Relatos Crepúsculo*

El viejo que enseguida reconocí como mi profesor de Formación Cívica de la secundaria, me abordó en la fila de los impuestos y me apuntó con el índice al pecho.

-Usted es...

Lo miré desconcertado. No se por qué, le dije mi apellido.

-Claro! -chasqueó los dedos- ¡Ya me parecía!. Usted fue alumno del San Esteban. Alumno mío. Gastaldo, soy yo. ¿Se acuerda?

Cómo no iba a acordarme. Uno no se olvida así nomás de tipos como Gastaldo. Recordaba, en particular, una de sus clases, pero también recordaba esa vozarrona insigne y ese gesto marcial que conservaba aún después de veinticinco años. Le miré la piel manchada, dragada de arrugas, sus ojos grises y agresivos. Tenía puesto un saco gastado, con olor a naftalina, y una camisa de cuello alto y anticuado. Así todo, mantenía su aspecto de hombre erguido y saludable, a pesar de los setenta y pico.

Quisiera decir que con Gastaldo conversamos, pero el poco tiempo que estuvimos en la fila habló solamente él, de corrido. Exagerando melancolías hacia el Colegio, hacia colegas y a su actual condición de jubilado. Después llegó mi turno en la caja y tuve que despedirme. Me apretó fuerte la mano, haciéndome sonar los dedos. Sonriendo, se escurrió entre la gente y ya no volví a verlo.

Esa misma noche, busqué una caja donde guardaba algunas fotos de la secundaria. Encontrarme al viejo Gastaldo me había despertado el recuerdo de alguien más, alguien que quise ver de nuevo, sólo por recordar mejor el episodio. Puse la gran pila de fotos sobre la mesa de la cocina y revolví.

Las imágenes empezaron a sucederse con indolencia, como si fuese el pasado de otro, sin provocarme emociones ni nostalgias. Éramos siempre los mismos, veinte o treinta, que nos reiterábamos año a año, con idénticas diferencias. No pude asociar muchos nombres a ese torbellino de rostros exaltados por la pubertad. Teníamos pantalón gris, camisa blanca y corbata bordó brillante,

que los más atrevidos usaban floja por debajo del primer botón. Las fotografías de fin de curso nos mostraban como lo que éramos: adolescentes, un rebaño de pavotes que se proclamaban rebeldes a fuerza de ser, paradójicamente, todos iguales. Eran los ochenta y no había demasiado que reprochar: muchos de nuestros mayores se comportaban del mismo modo.

En eso pensaba cuando, en la foto de fin de curso del '82, ubiqué, por fin, a Gastaldo. Estaba parado sobre el margen derecho del cuadro, corpulento, arrogante, ya por entonces calvo, con un traje azul brillante y los brazos cruzados sobre el pecho. Era notablemente más alto que la hilera de alumnos que habían ubicado de pie. Me busqué a mí mismo y me encontré algunas cabezas a la izquierda, en cuclillas, sosteniendo un extremo del cartel escrito en tiza: «Colegio San Esteban, 2do. Año, 1982». A mi lado, un pibe de flequillo miraba hacia algún lugar incierto del patio. Y en el extremo de la fila, debajo de Gastaldo, también en cuclillas, estaba él. Rodrigo.

Rodrigo Santamaría. Lo recordé de golpe, asociándolo de inmediato a la figura ciclópea del profesor que, justo detrás suyo, se levantaba como una torre. Entonces comprendí por qué me había esforzado en olvidar a Gastaldo. Y por qué ahora, veinticinco años después, recordaba a Santamaría mejor que a ningún otro.

Rodrigo, dije que se llamaba. Era un chico particular, en comparación a los demás, y no sólo por su aspecto pálido, contraído y excesivamente delgado. Rodrigo vivía acurrucado sobre sí mismo, con los ojos inquietos y en guardia, como quien siempre está esperando un golpe. Al caminar, sus hombros recogidos y sus codos huesudos, abiertos, le daban un aire de erizo infranqueable. Le temía al mundo y se notaba.

Pero era, como suele ocurrir, el alumno más sobresaliente del curso. Un genio, para cuanta disciplina le presentaran. Recuerdo que era brillante en Historia, que fue el primero en resolver, sin ayuda de nadie, una ecuación diferencial, y el único que podía dar cuenta del «Quijote» porque lo había leído completo, de cabo a rabo, a diferencia de nosotros, los falaces.

Pero con Rodrigo ocurría algo verdadera-



Rodrigo Santamaría. Lo recordé de golpe, asociándolo de inmediato a la figura ciclópea del profesor que, justo detrás suyo, se levantaba como una torre.

Todavía me parece verlo en el último banco, junto a la ventana lindera al patio de cemento, tomando nota de cuánto escuchaba en clase.

mente extraño: no hablaba. Ni una palabra. Contestaba, a duras penas, con monosílabos, y eso en sus mejores días. Su inteligencia superior quedaba oculta tras una mirada débil y velada de misterios. Todavía me parece verlo en el último banco, junto a la ventana lindera al patio de cemento, tomando nota de cuánto escuchaba en clase. Pasaba muchas horas en la biblioteca, ajeno a nosotros y a nuestros códigos. Lejos de burlarnos de él, simplemente lo ignorábamos. También algunos profesores.

Sin embargo, a poco de terminar el ciclo '82, Enrique Gastaldo, Comisario retirado y ahora profesor de Formación Cívica, se dedicó a él:

-Rodrigo -dijo desde el frente- estamos terminando el curso. Y todavía no te escuché decir una sola palabra en clase. Tus notas son buenas, pero acá todos participan. Esa es la regla.

Gastaldo se golpeó el pecho con el dedo índice. «Mi regla», aclaró, un poco más alto, girando la cabeza al aula, para que lo escucháramos todos. Pero Rodrigo siguió con la vista fija las hojas de su carpeta, ignorando a quién fuera, por aquellos años, uno de los profesores más temidos del Colegio. Casi tan temido como el Padre Juan, el Director.

-¿Me escuchás, pibe? ¿O estoy hablando con la pared?

Rodrigo no contestó. En el aula empezó a armarse un silencio incómodo. Gastaldo, cada vez más molesto, se abrió paso entre los bancos, llegó

hasta el último, apoyó una mano sobre la carpeta de Rodrigo y con la otra levantó el mentón del chico, que de golpe quedó mirándolo a los ojos, con la cabeza tirada hacia atrás.

-¿Sos mudo, vos? Por lo visto, sos mudo.

La cabeza de Rodrigo parecía un juguete en la mano enorme de Gastaldo.

-Entonces, Santamaría, vamos a hacer lo siguiente. Mañana no entrás si no venís con tus padres. ¿Está claro? Que hablen ellos conmigo. Ya que vos no hablás...

-Rodrigo no tiene padres, profesor. Nadie sabe donde están. Ahora vive con el abuelo -dijo uno de la primera fila-

-No me digan, che! -chilló Gastaldo, mientras soltaba con violencia el mentón del chico- ¡Pobrecito! ¿No tenés ni papá ni mamá, Santamaría? ¿Nada?

Rodrigo -no contestó. Volvió a mirar las hojas.

-Mirá pibe -lo sobró Gastaldo- da lo mismo lo que tengas o no tengas. No es asunto mío. Pero mañana, venís con alguien o no entrás. Tu abuelito, o quien sea. ¿Fui claro?

-Su abuelo está enfermo, profesor. No creo que venga -arriesgó el Colorado-, que siempre andaba opinando sobre todo.

-Ah! ¿Está enfermo, abuelito? -se burló Gastaldo- Y díganme una cosa, ustedes que saben tanto:

Santamaría, ¿también está enfermo? ¿Será autista, Santamaría? ¡Yo creo, señores, que éste es un rebelde que se hace el tonto! ¡Y ya van a ver lo que les pasa a los rebeldes! ¡Yo les voy a enseñar, a ustedes, como se cura a los rebeldes!

Algunos, no todos, empezaron a desear que la escena terminara.

-Déjelo profesor. Es un chico especial, con problemas -intentó el Conejo-

Pero fue peor. Gastaldo estalló en una carcajada estruendosa. Se puso más rojo todavía. De la frente le nacieron unas gotitas brillantes, y empezó a meterse el dedo índice entre cuello y el nudo de la corbata, buscando aire.

-¿Así que sos especial, Rodrigo? ¡Mirá vos! ¡Un «especial»! Atención señores: ¡Tenemos «un especial» en clase!

Esta vez nadie acotó nada.

-Yo te voy a dar, «especial» -resolvió Gastal-



Gastaldo estalló en una carcajada estruendosa. Se puso más rojo todavía. De la frente le nacieron unas gotitas brillantes, y empezó a meterse el dedo índice entre cuello y el nudo de la corbata, buscando aire.

-Dale Santamaría! ¡Hablá! -le grito el Conejo-, aunque esta vez el grito sonó como una súplica. -Hablá, carajo, o te la vas a ver conmigo! -le gruñió Gastaldo- ¿Tenés idea quién soy?

do, apretando los dientes- Yo te voy a dar.

El pibe se la vio venir. Dio un soplado angustioso y se refugió contra la pared, cubriéndose con el hombro. Gastaldo, de un tirón, lo puso de pié, y arrastrándolo de un brazo lo llevó al frente. El cuerpo desgarrado, flameante de Rodrigo, hizo volar en el camino varias carpetas y lapiceras que se desparramaron por el piso.

-¡Te lo juro, especial! bramba Gastaldo, mientras iba señalando, con la cabeza, el crucifijo que colgaba encima del pizarrón- ¡Te lo juro, por Él, que hoy vas a hablar en clase!

Fue la ocasión para el descontrol. El aula se volvió un pandemonio. Algunos, alborotados, saltamos sobre nuestros asientos y empezamos a los gritos. Otros arrojaban cosas a la cabeza de Santamaría.

-¡Especial!, ¡Especial! ¡Especial!...

Pero el chico permaneció mudo, mirando a todas partes con sus ojitos nerviosos. Temblaba y resoplaba como un cordero. Gastaldo lo agarró del saco y volvió a sacudirlo, empujado por nuestros gritos.

-Qué hable!, ¡Que hable! ¡Que hable!...

-Dale Santamaría! ¡Hablá! -le grito el Conejo-, aunque esta vez el grito sonó como una súplica.

-Hablá, carajo, o te la vas a ver conmigo! -le gruñió Gastaldo- ¿Tenés idea quién soy?

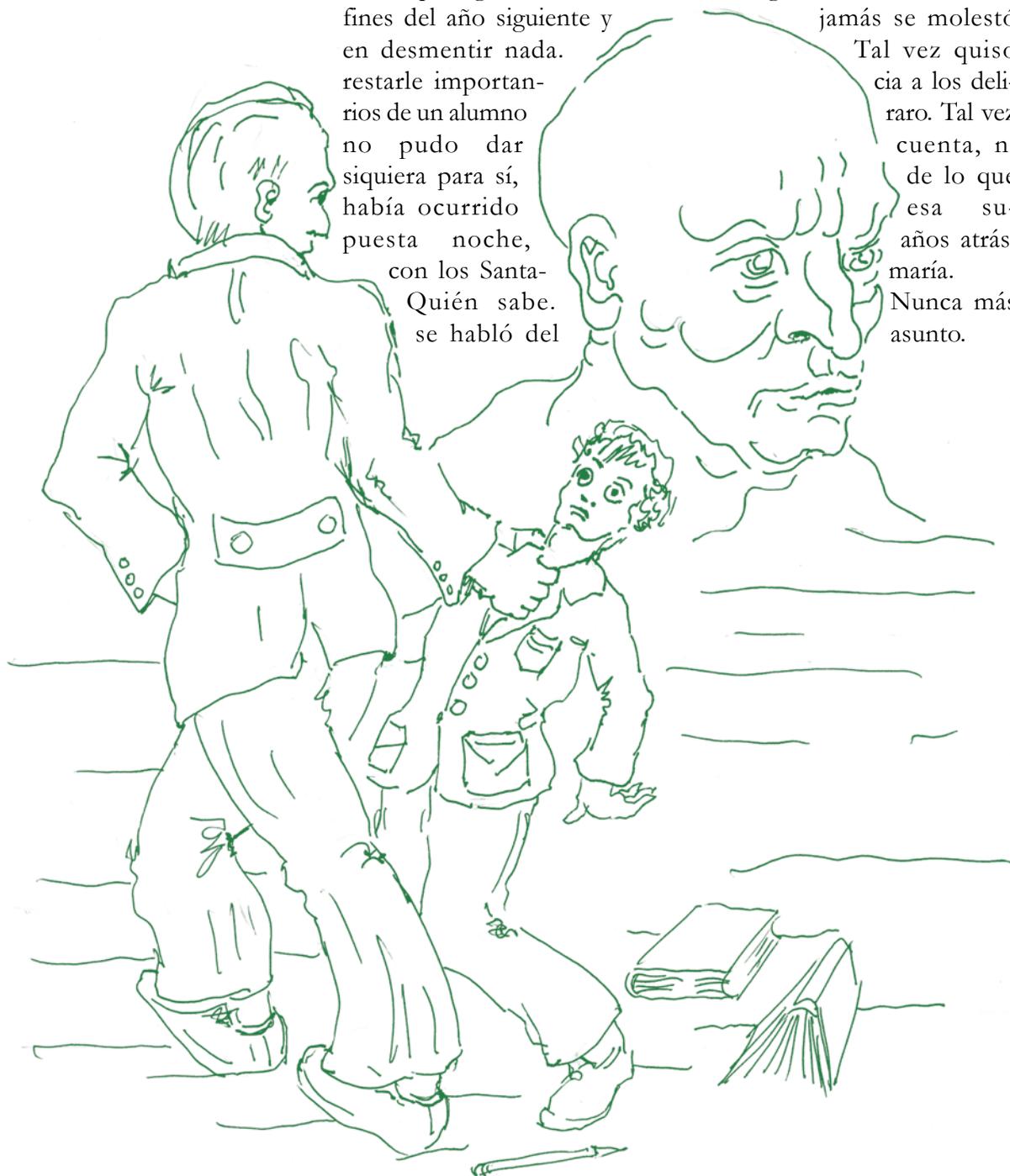
Y fue entonces que Rodrigo, el especial, el raro, en medio de un caos general y para sorpresa de todos, levantó la vista, tomó

aire, miró a Gastaldo y habló.

«Tenés idea quién soy», recuerdo que dijo el viejo. Y, después de eso, Rodrigó habló, no más de treinta segundos, sobre una hipotética noche del pasado, para que un silencio absoluto, espantoso, invadiera el aula. Todos nos dejamos caer en los bancos, sin dar crédito a lo que habíamos escuchado. Vi que el Conejo era el único que sonreía. Gastaldo, por su parte, dio un pasito atrás y apoyó el trasero en el escritorio, visiblemente aturrido. Rodrigo nos miró de reojo, volvió mirar a Gastaldo, giró sobre sus talones y se fue otra vez, parco y silencioso, a su banco de la última fila.

Todos nos dejamos caer en los bancos, sin dar crédito a lo que habíamos escuchado. Vi que el Conejo era el único que sonreía. Gastaldo, por su parte, dio un pasito atrás y apoyó el trasero en el escritorio, visiblemente aturrido.

Lo que sigue no interesa. Gastaldo siguió dando clases hasta fines del año siguiente y jamás se molestó en desmentir nada. Tal vez quiso restarle importancia a los delirios de un alumno raro. Tal vez no pudo dar cuenta, ni siquiera para sí, de lo que había ocurrido esa su- puesta noche, años atrás, con los Santa- maría. Quién sabe. Nunca más se habló del asunto.



«Hagas lo que hagas, ámalo. 8, 7, 6, 5, 4, 3, 2, 1...

Como hiciste con la cabina
del Cine Paradiso.»

Cinema Paradiso, 1988

Acción

Toma 1

En 1933 Agustín Pedro Justo presidía el país, tras haber ganado las fraudulentas elecciones un año atrás. En ese momento, el vicepresidente Julio Argentino Roca firmaba en Londres el tratado Roca-Runciman...



Por Sabrina Perotti

...,que afianzaba aún más la dependencia con Gran Bretaña mediante la exportación de carne argentina: una de las cláusulas indicaba que el 85% de las exportaciones de nuestro país debían realizarse a través de frigoríficos extranjeros. Es en este contexto en que se estrena la primera película sonora en Argentina: *Tango* de Luis Moglia Barth, protagonizada por Libertad Lamarque, Tita Merello y Luis Sandrini; y casi un mes después se exhibía *Los Tres Berretines* de Enrique Susini.

En el país existían 1.000 salas de cine hasta esos estrenos. Luego de el boom del «sonido» se abrieron 600 salas más arregladas para tal tecnología y en pocos años los espectadores poseyeron una mayor oferta cinematográfica, acompañado por el incremento de la Industria Cultural proveniente de EEUU y su tríada: star system, studio system y cine de género.

Cinco años después, en 1938, se estrena *Mujeres que trabajan* con Niní Marshall donde interpreta a Catita y se expone la incorporación de la mujer al mercado laboral. En ese año existían 29 galerías de filmación y el cine nacional comenzó a exponer distintas temáticas sociales que afectaban al país y a construir desde la pantalla una herramienta de lucha y denuncia.

Luego de 1939 va a ser una época crítica para nuestro país. El comienzo de la Segunda Guerra Mundial y el consecuente golpe del 43 en Argentina, ocasionarán una baja en la producción nacional debido a la crisis económica de la guerra y la alta censura. No obstante, se destacan en este periodo *La Guerra Gaucha* (1942) de Lucas Demare, *Tres hombres del río* (1943), de Mario Soffici; *La dama duende* (1945), de Luis Saslavsky; *A sangre fría* (1947) y *La vendedora de fantasías* (1950), de Daniel Tinayre, ambas

1
El cine funcionaba matiné, vermouth y noche. Se pasaba tres veces la misma película, generalmente de convos. Argentinas no había o muy pocas. Se daban tres películas por 10 centavos. Te pasabas en el cine tres horas como nada.

interpretadas por el actor Alberto Closas.

Con la llegada del peronismo a la Argentina, también se vislumbró el arribo de esperanzas y nuevos aires. La clase trabajadora, ahora, constantemente interpelada y mucho más tenida en cuenta se movilizaba siguiendo a su mayor líder: Juan Domingo Perón. El peronismo se vinculó constantemente con el cine desde sus comienzos, incluyéndolo dentro de sus políticas culturales. Las clases populares pudieron consumir nuevos bienes y servicios tales como el acceso a este medio, que fue utilizado por el peronismo como un importante canal de difusión.

En 1952 se estrena una emblemática película de Hugo del Carril *Cuando las aguas bajan turbias*. La historia cuenta que dos hermanos se emplean como trabajadores en los yerbatales del Alto Paraná. Víctimas de una tremenda explotación y paupérrimas condiciones laborales, finalmente, se rebelan contra el patrón. Fortuitamente, el mismo día en que se estrena el film *Deshonra* de Daniel Tinayre, asume Perón a la segunda presidencia en 1952.

Luego llegará el derrocamiento a Perón en el año 1955 y el establecimiento de la «Revolución Libertadora» —que no era nada más ni nada menos que una dictadura ¿libertadora?— con Lonardi y Aramburu. Fueron años de mucha censura y mucha represión, como toda dictadura. Y el cine no quedó afuera de estas acepciones. Dos años más tarde, en 1957, se crearon la Ley de Cine y el Instituto Nacional de Cinematografía (INC). Ese mismo año, el director Leopoldo Torre Nilsson, filmará y exhibirá sus famosos films *La casa del ángel* y *La mano en la trampa*.

Desde la asunción de Frondizi en el 58 y durante toda la década del 60, Argentina experimentará toda una serie de gobiernos de facto. Sin embargo, este periodo será muy importante para el cine nacional y se destacarán cineastas militantes y películas críticas e inolvidables. Pino Solanas fue uno de los fundadores del cine documental argentino y latinoamericano y en 1968 exhibe *La hora de los hornos* - dividida en tres partes: «Neocolonialismo y violencia»; «Acto para la liberación» y «Violencia y liberación»- filmada y estrenada en la clandestinidad. En 1969, junto con Octavio Gettino y Gerardo Vallejos, Solanas fundó el grupo Cine Liberación: donde el cine pasaba a ser un instrumento de militancia y concientización política, de gran influencia en la izquierda peronista representada, entre otras organizaciones, por Montoneros. También *Operación Masacre*, de Jorge Cedrón (1972) fue una de las películas más significativas de la historia del cine argentino basada en el libro homónimo de Rodolfo Walsh vista, también, clandestinamente por más de un millón de personas.

En 1973 asume Héctor José Cámpora tras ganar las elecciones con la fórmula «Cámpora al gobierno, Perón al poder». Meses más tarde asumirá su tercera presidencia Juan Domingo Perón. Durante esta época el cine argentino alcanzó grandes éxitos de crítica y boletería, entre las películas más importantes se

2

Entre película y película se hacía un intervalo, te vendían helados y caramelos y pasaban «Sucesos Argentinos», que era un noticioso del momento de acá y de Europa.

3

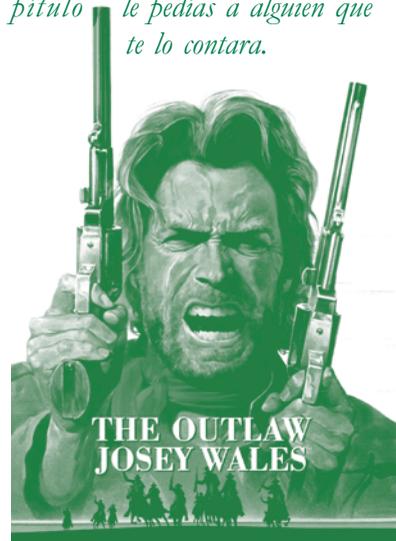
También cuando terminaba una película podía venir un dúo que se llamaba «número vivo». Era para generar fuentes de trabajo. Había dos tipos que tocaban la guitarra y uno que cantaba o un malabarista.

4

Varias veces fui al cine en La Plata y ahí no pagabas entrada sino una consumición. Tomabas un café con leche o una bebida o comías un sandwich mientras mirabas la película.

5

Las películas del far west me acuerdo que se daban en 10 o 12 episodios: lunes, miércoles y viernes. Valían poco pero te enganchaban. Tres veces por semana tenías que ir de cajón. Eso movía mucho a la gente y si te perdías algún capítulo le pedías a alguien que te lo contara.



encuentran: *Juan Moreira*, de Leonardo Favio (1973) que relata la historia del gaucho, *La Patagonia rebelde, una historia de represión* que recrea la masacre cometida por el Ejército Argentino sobre habitantes y sindicalistas de la provincia de Santa Cruz, en 1921, de Héctor Olivera (1974), *La tregua*, un romance de oficina que fue candidato al Oscar de Sergio Renán (1974) y *La Raulito*, que cuenta la historia de una hinchita de Boca Juniors de aspecto varonil, de Lautaro Murúa (1975).

1976 será el año en que comienza una de las épocas más oscuras de la historia argentina. La instalación de la dictadura militar de Videla, Viola y Galtieri dejará una marca imborrable en la memoria de los argentinos. Años de represión, torturas, muerte, terror, mentiras y abusos inundaron a la población hasta la llegada de la democracia en 1983. Durante este período el cine experimentó altos niveles de censura debido a que todas las películas que no presentaban interés como diversión y en nombre de que atentaban contra los sentimientos nacionales eran prohibidas parcial o totalmente. Es por eso que se manifestó una gran baja en la producción de cine nacional. Una de las películas más significativas de esta época fue *La parte del león*, de Adolfo Aristarain, un policial como su ópera prima (1978).

Con la llegada de la democracia en 1983 y la asunción de Raúl Alfonsín empezará una nueva etapa en nuestro país, poniéndole fin a las altas censuras. En 1984 un cineasta de los '60, Manuel Antin, puesto al frente del INC, favoreció el surgimiento de la nueva generación del **Cine Argentino en Libertad y Democracia**.

Así surgieron *Camila* de María Luisa Bemberg (1984), candidata al Oscar, *La historia oficial* de Luis Puenzo (1985), ganador, finalmente, del Oscar, *Hombre mirando al sudeste* de Eliseo Subiela (1986), *Tangos. El Exilio de Gardel* de Solanas (1985) y *La deuda interna* de Miguel Pereira (1988).

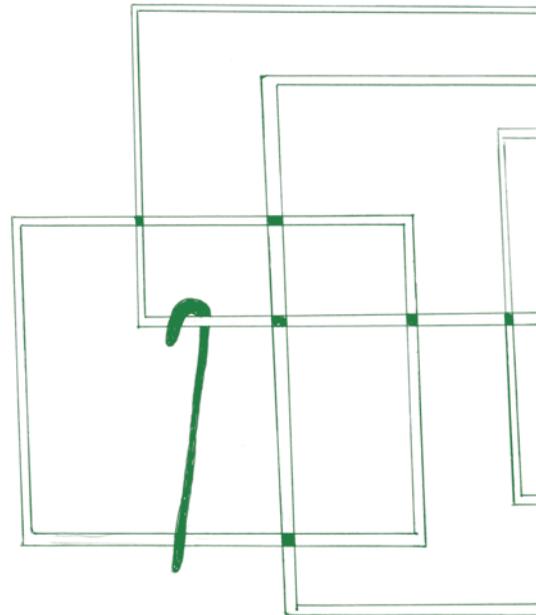
El paraíso del cine

La intención de recortar la brevísima historia del cine argentino a fines de la década del 80 fue adrede. Y los motivos por los cuales me tomé semejante atribución se deben a que luego de tanto preparativo, tantas películas, tantos adelantos, tantos espectadores, en Argentina y en el mundo, se estrena en 1988 una película que engloba, a mi entender, el placer de mirar cine: *Cinema Paradiso*, de Giuseppe Tornatore. El film, además de narrar dos historias, una de amistad y otra de amor, muestra durante todo su recorrido las diversas disposiciones del público, sus perspectivas, sus experiencias, sus maneras de «ver el cine».

A comienzos del 40, donde se sitúa el inicio del film, se pueden observar diversas características del público que se diferencian bastante con el de la actualidad. El cine no era para un auditorio mudo y pasivo, como lo es ahora. Cuando aparecía una película

6

Las películas eran más cortas que ahora, duraban una hora más o menos. Por ejemplo, cuando vi «Lo que el viento se llevó» ese día dieron una sola película porque era muy larga. Esa la vi como tres veces.



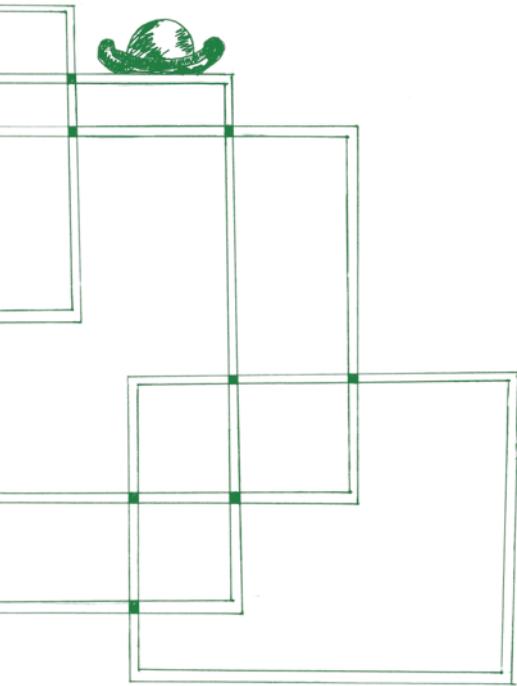
7

También vi muchas películas mudas, películas de Carlitos Chaplin y Los Tres Chiflados. Pasaban escritura pero si no sabías leer, mirando los gestos y los movimientos entendías todo.

8

Nunca había escenas de obscenidad ni desnudos. Tampoco existía como ahora que ponen si es prohibida para 18 o para 13.

Todos podían verlas. Eran buenisimas. Yo no sé por qué no pasan esas películas ahora.



1,2,3,4,5,6,7,8

Testimonio extraído de «El cine argentino en la década del '30. Microhistoria de vida» de María José Iriarte



de indios todos imitaban el grito indígena, la persona que entraba a la sala saludaba a todos y si alguien sabía el guión de la película y lo repetía no se le objetaba nada en lo absoluto. El cine estaba hecho para interactuar, el público hablaba entre sí: se enamoraban, se peleaban, bromeaban (siempre se molestaba a quien se quedaba dormido), y la proyección era objeto de insultos o alabanzas (por lo general, recibía más elogios). La sala «Paradiso» representa la fuente de sentimientos que depositaba el pueblo, todas las penas, amores, amarguras, miedos, alegrías que experimentaban durante las películas.

Sin embargo, el film trata además la particular pasión de un niño por el cine. La absoluta disposición con la que Toto se sentaba en las butacas del cine con los piecitos colgando y la boca abierta, observando cada movimiento de la pantalla grande es para mí la imagen que comprende perfectamente el sentimiento de placer, de goce, de regodeo que provoca este medio de comunicación.

Si bien, Toto era un cinéfilo, y veía una y otra vez las mismas películas, adoraba el cinematógrafo, el proyector. No sólo deseaba utilizarlo algún día sino, también, ser parte de la magia de esa «cueva» donde se proyectaba la película a toda la sala desde la gran boca del león de yeso. Porque ser proyectista es un sacrificio (como le enseñó su querido amigo Alfredo) pero también es un privilegio y en sus propias palabras le revela a Toto: «Cuando se ríen es como si uno los hiciera reír».

La expresión de Toto al manejar el cinematógrafo con la habilidad de un viejo proyectista se convierte en el gesto de la felicidad plena, ese niño bandido era sumamente feliz. Y aunque también traía dolores de cabeza con sus travesuras, tanto a Alfredo como a su mamá, en realidad no era más que un niño enamorado del cine a quien hasta en plena guerra y caminando sobre los escombros se le iluminaba la cara con un afiche de «Lo que el viento se llevó».

Por eso el placer de ver cine no significa abrir los ojos lo más grande posible ya que Alfredo luego de su accidente «podía ver mejor que antes», ni tampoco entender cada detalle, porque los analfabetos que asistían sin poder leer las placas escritas se deleitaban de igual manera que los que sabían leer. El goce en el cine es total y es de todos, porque como dije antes, la sala «Paradiso» era la fuente de sentimientos depositados por los espectadores y no poseía ningún impedimento que dejara afuera a nadie. El placer de mirar el cine es el placer de «vivir» el cine como lo vivimos ahora, como se vivió antes, con el archivo de películas que poseemos y con las que están por venir. Dónde cada uno tiene una película en su memoria, en su corazón, un film que odió o amó. Eso es el cine. No es la mera proyección de una película, es el encuentro con lo más profundo de uno mismo.

En torno al goce y al placer de leer



Por Marelis Loreto Amoretti
*Lic. en Filosofía en la
Universidad Central de Venezuela*

Leer, hoy en día, es una actividad enojosa que sólo compete a misántropos o a antropofóbicos, individuos enfermos que, incapacitados para toda vida dentro del sistema social establecido, deben consagrar sus vidas en torno a esos entes inanimados...

...pesados, mal encarados, aburridos y llenos de polillas que reposan en las bibliotecas.

Debo confesarme parte inequívoca de este último grupo de individuos, pues no encuentro nada más placentero que retirarme de todo bullicio durante la tarde (o la mañana o la noche) y reclíname en cualquier rincón para disponerme a leer. Siento placer, digo, y no puedo menos que usar ese verbo que, según la Real Academia, equivale a disfrute, complacencia, satisfacción, diversión, entretenimiento, incluso goce. Pero al hablar de goce, hemos de revisar nuevamente el DRAE, cuyo resultado parece coincidir con el del placer; a saber, gozar incluye un disfrute agradable -sugiere una sensación de suavidad-, complacencia y alegría, incluso se recrea con el disfrute sexual.

En *El placer del texto*, Roland Barthes hace una diferencia entre el placer y el goce que se distancia del Diccionario de la lengua española, y que hemos de revisar: «Texto de placer: el que contenta, colma, da euforia; proviene de la cultura y está ligado a una práctica *confortable* de la lectura. Texto de goce: el que pone en estado de pérdida, desacomoda (tal vez incluso hasta una forma de aburrimiento), hace vacilar los fundamentos históricos, culturales, psicológicos del lector, la congruencia de sus gustos, de sus valores y de sus recuerdos, pone en crisis su relación con el lenguaje». Como vemos, la RAE y Barthes coinciden en lo que al placer se refiere, pero en cuanto al goce hay un tinte de sufrimiento en la conceptualización del pensador que no encontramos en el diccionario.

Ahora bien, ¿tiene sentido, siguiendo al teórico francés, hablar de sufrimiento en conjunción con el disfrute? Sin duda alguna.

Pensemos por un momento en lo doloroso que resulta escuchar la tercera sinfonía de Beethoven mientras se disfruta cada uno de sus movimientos. O cuando se reúne un grupo de personas a comentar lo dramático de la escena de la novela de las nueve: lloraron, le gritaron a la protagonista (al televisor, en realidad) pero disfrutaron viendo el culebrón y ahora disfrutaban comentándolo y lanzando sus propias impresiones al respecto. También ocurre en el caso de una película, digamos alguna de suspenso o terror. Pienso en *El exorcista*, filme que no tolero porque mi angustia es infinita cada vez que a la niña le da por contorsionarse. Pero más allá de mí, su éxito radica en la capacidad de generar temor en los espectadores, quienes esperan atentos a que algo peor ocurra. Es decir, hay un pleno disfrute en sentir angustia, afirmación ésta que, de aceptarla, le traería inconmensurables beneficios a los psicólogos y psiquiatras del país.

Pero volviendo a Barthes y al texto del goce, sin duda hay algunos textos (novelas y cuentos, incluso ensayos) que causan angustia o desazón en el lector. Por ejemplo, leer los cuentos y las noveletas de Jiménez Ure -textos que me gustan muchísimo, debo acotar- siempre trae consigo una sensación de perplejidad angustiosa, de ésas que lo ponen a pensar a uno sobre la vida propia, y sobre lo atroz que puede llegar a ser la mente humana. Por otro lado pienso en Beckett. La

Unamuno, Ossott, Camus, Sábato y fundamentalmente Dostoievski. No hay nada que me resulte más doloroso que verme al descubierto por hombres que jamás supieron de mí y, a pesar de ello, me hablan directamente

desesperación, consecuencia de leer y leer y darnos cuenta de que no hay concreción por ninguna parte, trae de suyo - además del insomnio- una angustia lacerante, pujante, casi hasta enfermiza, pero no por ello menos disfrutable. Hay un placer morboso en esta clase de lecturas, pero son de las impresionables para la vida, al menos, para la de aquellos que morimos por la lectura.

Por otro lado, pienso en aquellos textos que han trastocado mi visión de mundo, agrediendo una supuesta complacencia con la que me iba acostumbrando. Hablo de autores como Hobbes, Maquiavelo, Nietzsche, Sartre -en el ámbito filosófico- y, en el caso literario, Unamuno, Ossott, Camus, Sábato y fundamentalmente Dostoievski. No hay nada que me resulte más doloroso que verme al descubierto por hombres que jamás supieron de mí y, a pesar de ello, me hablan directamente, diciéndome al oído cuan





Y es que hay algunos libros que no deberían terminarse nunca, sino permanecer en sí mismos, vivir un devenir interno y renovarse sin ninguna modificación.

equivocada he estado, o me abofetean para que me detenga y me piense. Leerlos ha traído como consecuencia despechos de semanas enteras; despechos tan reales, tan vívidos, que incluso he dejado de comer. Tal vez porque mi relación con el libro es, al decir de Barthes, una relación fetichista. «El texto es un objeto fetiche -dice- y ese *fetich me desea*. El texto me elige mediante toda una disposición de pantallas visibles, de seleccionadas sutilezas (...). En el texto, de una cierta manera, *yo deseo al autor*: tengo necesidad de su figura (...) tanto como él tiene necesidad de la mía...». Y si yo deseo al texto pero éste me desprecia, me maltrata, me disminuye, no hay posibilidad de placer sino de goce. Es el eterno masoquismo del enamorado que no se ve correspondido, sino atacado, ultrajado, humillado en lo más hondo de su ser.

Sin embargo, el goce que más he padecido aparece luego de un enorme disfrute. Me ocurre, como supongo le ocurre a muchos lectores: leer la última página de un libro y no poder aceptar que terminó. Es como la muerte del amado, ésa que jamás comprenderemos y por la cual nos enlutamos por el resto de nuestras vidas. Esto me ha pasado en varias ocasiones, y aún vivo el goce *barthesiano*, si se me permite. Hablo de *Crimen y Castigo*, *Memorias del subsuelo*, *El conde de Montecristo*, *Árbol de luna*, *La insoportable levedad del ser*, entre otros. Y es que hay algunos libros que no deberían terminarse nunca, sino permanecer en sí mismos, vivir un devenir interno y renovarse sin ninguna modificación.

Menos mal que siempre tendremos la posibilidad de regresar a ese nido de polillas y recoger los restos.



Comer... ¡Qué placer!



por la Lic.
Cecilia M. Pagola
Docente de la Facultad de
Periodismo y Comunicación
Social UNLP

Desde los comienzos de la historia, el comer y el beber han sido de los actos que ha proporcionado mayor placer a la humanidad junto con el acto sexual. Tal vez sea porque éstos responden a necesidades básicas para la supervivencia.

Todo ser viviente come, bebe y se reproduce por una cuestión biológica, que puede estar más o menos desarrollada de acuerdo a aptitudes logradas en cada especie. Así como un conejo come hierbas y diversas raíces que extrae de la tierra, una especie de monos del África lavan la fruta que luego comerán porque su desarrollo evolutivo les permite diferenciar un cambio en la textura de la cáscara que beneficia su digestión.

Como señala Víctor Ego Ducrot en su libro *Los sabores de la historia*, fue en China, hábitat de los pitecantropos, donde hace aproximadamente cuatrocientos mil años tuvo lugar el primer banquete entre seres que, en verdad, no eran aún propiamente humanos. Allí se encontraron huellas de fogones primitivos donde yacían esqueletos de ciervos, caballos, bisontes, antílopes y jabalíes cuyos cráneos mostraban agujeros en la región occipital hechos para extraer los sesos.

Según el autor «El dominio del fuego representó el salto que permitió al hombre distinguirse de las otras especies animales... Al ancestro del hombre ya no le bastaron los alimentos vegetales de recolección, por eso bajó de los árboles, se irguió y fabricó su primer artefacto: el garrote. Pero no podía cazar solo, pues el tamaño, la velocidad y la ferocidad de sus presas lo obligaban a agruparse y por consiguiente a trabajar con sentido de comunidad. Entonces comenzaron a matar para defenderse y a comer sus víctimas para alimentarse, pero su sistema digestivo exigía que esas carnes pasasen antes por el fuego. Así comenzó a cocinar y así comenzó la historia». (Ducrot, 1999:12).

El tema de la alimentación ha llevado a que las tribus pasaran de ser nómades e ir cambiando de hábitat de acuerdo a las

estaciones del año, a ser sedentarias, razón que dio beneficio a la agricultura y que modificó aspectos relativos a los grupos humanos, sus conductas y relaciones, las que culminaron deviniendo en sociales.

Es entonces como las habilidades y destrezas que diferenciaron al hombre del resto de los mamíferos han favorecido a que los actos del comer y el beber sean transformados en un acto de placer y arte. El arte de la cocina.

Y a medida que estos grupos sociales fueron configurando hábitos, costumbres y fueron desarrollando una cultura (que también fue culinaria en la medida de las alternativas que se les presentaban), comenzaron también a viajar, a conocer e intercambiar productos. Tal vez guiados por la necesidad de conocer los dominios de su especie, la búsqueda de territorios más hospitalarios para vivir, la simple curiosidad o la necesidad de conseguir el tan preciado conservante que ha sido utilizado hasta hoy en día: la sal.

Sea cual fuera la razón, es de este modo como el hombre ha podido conocer nuevas razas, nuevas culturas, nuevos sabores y nuevas sensaciones que han provocado en la historia de la humanidad guerras de todo tipo, leyes religiosas y de ordenamiento social, intercambio e hibridación, creación artística y comunión.

«Podría afirmarse que la historia de conquistas, colonizaciones y revoluciones independentistas en América comenzó cuando un puñado de europeos ricos quisieron ponerle fin a la desabrida comida de los bárbaros y, acicateados por los textos de Marco Polo y por las influencias del dominio árabe en la península ibérica, buscaron la forma de condimentar sus festines con sabores nuevos.» (Ducrot, 1998:21).

El buen comer ha sido tan influyente en las relaciones sociales que desde tiempos inmemoriales, la comida ha conformado el centro de reunión familiar y reunión social, acuerdo político y festejo tradicional.

En la gesta de acuerdos políticos siempre se han conmemorado reuniones que han sido acompañadas aunque sea con una bebida. «Napoleón Bonaparte le daba poca importancia a la comida, pero desde un principio comprendió

que servir buenos banquetes podía ser un instrumento útil a la hora de hacer política» (Ducrot, 1999: 138).¹

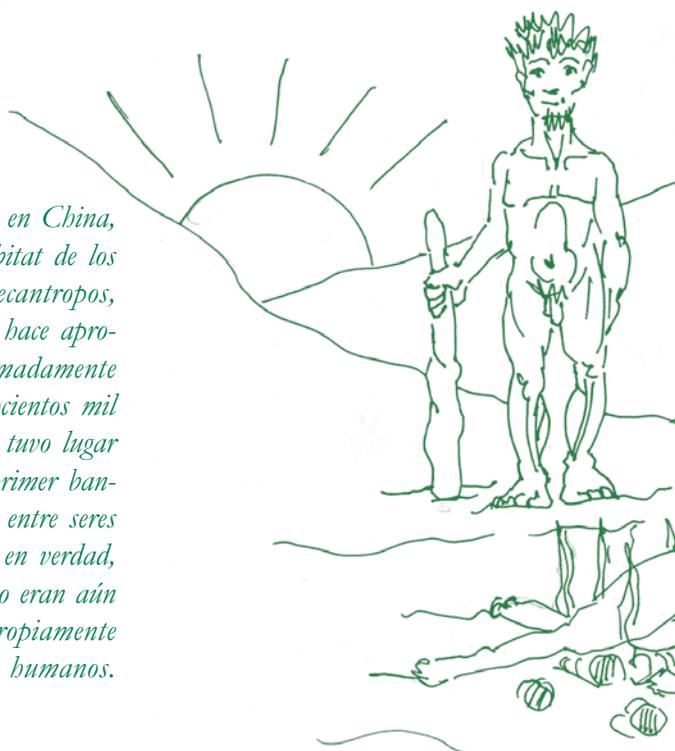
La comida y la identidad nacional.

Las culturas aborígenes autóctonas, las diferentes invasiones, la esclavitud, las políticas inmigratorias impulsadas por los gobiernos de turno y las que se dieron de manera involuntaria o natural, han propiciado que nuestra identidad nacional se encuentre conformada por un crisol de razas. Esta característica también ha influenciado en forma positiva a la elaboración culinaria, aspecto que al igual que el lunfardo en el caso de la lengua, ha brindado originales platos nativos provenientes de esta «mezcolanza cultural».



Muchas veces el diálogo familiar se ha garantizado gracias a la cena donde el conjuro de una buena bebida espirituosa, el aroma y los sabores de una rica comida elaborada hacen del encuentro un momento único.

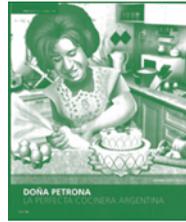
fue en China, hábitat de los pitecantropos, donde hace aproximadamente cuatrocientos mil años tuvo lugar el primer banquete entre seres que, en verdad, no eran aún propiamente humanos.



Muchas veces el diálogo familiar se ha garantizado gracias a la cena donde el conjuro de una buena bebida espirituosa, el aroma y los sabores de una rica comida elaborada hacen del encuentro un momento único. Otras veces ese mismo diálogo ha sido suplantado y silenciado por la misma excusa, la necesidad de acallar con comida.

Qué decir de los festejos y tradiciones sociales. Ya sea un aniversario, un evento familiar, una fiesta patria o religiosa, todas son buenas excusas para cocinar y sobre todo para comer a lo grande. Fundamentalmente en la cultura argentina donde la comida y la bebida es una de las presencias más relevantes en cualquier evento. Puede faltar entretenimiento, música, gente, hasta comodidades, pero la comida debe estar presente y en exceso.

Tanta impronta tiene la comida en nuestra cultura -bastante machista-, que hasta hoy en día se afirma que si una mujer sabe cocinar, ya se puede casar. Y para los casos en donde existiese alguna rebelde de la cocina, siempre se ha



Y para los casos en donde existiese alguna rebelde de la cocina, siempre se ha podido encontrar y regalar el libro de cocina de Doña Petrona de Gandulfo,

podido encontrar y regalar el libro de cocina de Doña Petrona de Gandulfo, infaltable en el cajón de toda ama de casa.

Este libro no sólo está compuesto por las recetas de diversos y variados platos, sino que es una guía práctica que enseña los datos útiles de limpieza y cuidado de mantelería y utensilios, incluyendo las normas básicas para el comportamiento durante la atención de una comida y de buenos modales a la hora de sentarse en la mesa.

Las costumbres sociales actuales, si bien no han quitado el placer que implica comer, han provocado que cada vez se pueda disfrutar menos de una buena comida casera.

Restringido hoy a los fines de semana (con mucha suerte) el plato elaborado ha sido suplantado por el consumo de productos congelados o enlatados, producidos rápidamente, en serie y sostenidos en el tiempo con nocivos conservantes.

La accesibilidad que tienen estos productos y el surgimiento de casas para comprar comidas hechas, han dado visibilidad y reconocimiento de que cada vez el tiempo alcanza menos en una sociedad que produce bienes para ganarlo, lo que ha derivado en la pérdida del hábito de cocinar.

Industria comestible. La decadencia del arte culinario.

Si bien ya se ha expuesto que los productos alimenticios desde los primeros tiempos del hombre han estado sujetos a intercambios y transacciones económicas (cuando no han



sido motores de la economía, como en el caso de la sal en la antigüedad), cabe destacar que la ferocidad del neoliberalismo y la extrema industrialización han llevado a que ciertas necesidades básicas formen parte los famosos bienes de consumo.

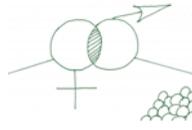
Apoyándose en esta realidad que inhibe la posibilidad de dedicar tiempo a la cocina, el mercado aumenta sus variantes para que «todos» puedan encontrar un salvoconducto.

Y ¡cuidado con las lecturas!, porque se podría aducir que existen intentos por sostener el hábito y el placer de cocinar, pero en realidad: ¿no serán sólo muestra de cómo el marketing se ha involucrado con la comida y ha encontrado en ella un buen nicho de mercado?

En casi todos los envoltorios y paquetes de productos preelaborados, se pueden encontrar recetas de prácticas y rápidas preparaciones que invitan a complejizar o completar los productos sintéticos que ellos venden.

Inclusive las publicidades televisivas de los productos alimenticios tienen un *chef* que propone platos sencillos para variar y acrecentar las utilidades del mismo. El marketing esta siempre atento a las posibilidades que les brinda el mercado.

De este modo han surgido salsas saladas a base de yogurt, queso con funcionalidad de cremas dulces, mayonesas que se usan como salsa para pastas y, por suerte, algunas otras recomendaciones más coherentes y placenteras.



Como último avance del marketing en los productos alimenticios, se pueden encontrar todo tipo de variedades de yogurt. Como evidentemente ya no alcanza con tener diferentes gustos, variadas texturas y ofrecer extrañas recetas para su utilización y venta, se ha recurrido a los beneficios casi medicamentosos que han de poseer estos productos.

Como último avance del marketing en los productos alimenticios, se pueden encontrar todo tipo de variedades de yogurt. Como evidentemente ya no alcanza con tener diferentes gustos, variadas texturas y ofrecer extrañas recetas para su utilización y venta, se ha recurrido a los beneficios casi medicamentosos que han de poseer estos productos.

De este modo si usted tiene unos kilos de más debe comprar el yogurt dietético; pero si usted tiene colesterol tiene que consumir otro tipo de yogurt, o los puede combinar en su ingesta. Si no moviliza el intestino tiene usted otro yogurt que lo agiliza. Para crecer fuerte no hay que comer equilibrado ¿para qué?! ¡Todo lo aporta el postrecito!

Eso sí, para que el discurso tenga mayor correlato con la realidad, estos productos vienen en mínimas dosis y a precios exagerados, como ocurre con los medicamentos.

La globalización como modo para facilitar el intercambio de productos antes desconocidos, ha estimulado la fabricación de platos de todas partes del mundo. Esto ha traído aparejado un intercambio cultural, por lo que algunas recetas de cocina «originales» pueden estar acompañadas de relatos tradicionales de la cultura culinaria de algún país lejano. De este modo se pueden presentar libros de cocina y hasta contar con un espacio televisivo para demostrar cómo se hacen estas exóticas preparaciones.

No contentos con la producción de libros y espacios televisivos, se pueden encontrar restaurantes especializados para quienes prefieren el goce del comer y no del cocinar. De este modo si se dificulta encontrar algún producto, pagando una considerable suma de dinero usted puede acceder a conocer algo de las lejanas costumbres culinarias de otra nación y soñar que por un momento esta de viaje. El neoliberalismo lo puede todo, brinda la ilusión de una vez estar a la altura de las clases que ya lo han conocido todo.

Cuando la comida deja de ser un placer.

Este tipo de elaboración de comidas manufacturadas, industrializadas que contienen productos de granja que han sido genéticamente modificados o engordados con alimentos

«balanceados», sumado a los tiempos frenéticos en los que se vive, han provocado graves trastornos en la alimentación humana. Es evidente que aún no se ha podido digerir estos cambios que abruma.

Acompañada la mala alimentación junto al estrés, el sedentarismo, y los hábitos de consumo innecesario, han llevado a que hoy se encuentren muchos casos de obesidad, no solo en adultos, sino en niños.

Lamentablemente esta situación ha propulsado una nueva necesidad: el surgimiento de empresas que se encargan de dispensar dietas equilibradas para cada individuo. Estas dietas se sustentan en el consumo de productos «light», o de medicamentos que ayudan a inhibir el hambre, por lo cual el círculo de consumo queda perfectamente cerrado.

Esta situación también ha permitido dar nacimiento a un espacio televisivo donde se muestra espectacularmente la desgracia de la gordura. Mediante selección o *casting* se ha visto cómo brindar a los participantes la chance de hacer un tratamiento en forma gratuita.

Más allá del show que se haga de esta circunstancia, no se debe perder de vista que estos problemas aquejan actualmente a una gran porción de la población y que se corresponden a situaciones relativas a contextos socio-culturales. No hay que dejar de lado que el obeso no es sólo quien puede comer mucho de todo, sino también quien sólo puede acceder a muchos carbohidratos.

Hay que ser conscientes de que estos problemas se encuentran relacionados a la falta de respeto e incumplimiento de los derechos a la alimentación saludable, como uno de los derechos básicos a los que se alude en materia social. Sumado a esto y sin dejar de lado la posibilidad de hacer frente a los grandes grupos empresarios alimenticios, mediante la generación de una perspectiva política que permita una sociedad con soberanía alimentaria que ayude a garantizar la alimentación de todos los ciudadanos del país.

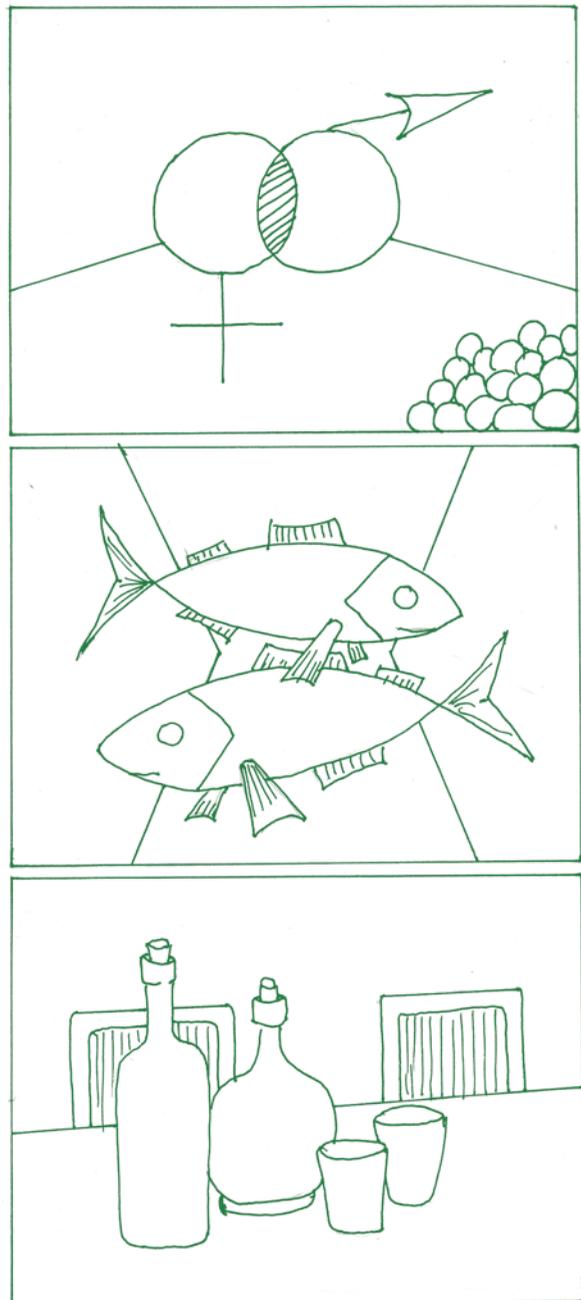
Porque, finalmente, si somos capaces de poder apreciar que la comida es un bien que ha provocado históricamente tanto movimiento económico y social, que responde a una necesi-

Acompañada la mala alimentación junto al estrés, el sedentarismo, y los hábitos de consumo innecesario, han llevado a que hoy se encuentren muchos casos de obesidad, no solo en adultos, sino en niños.

dad básica y que comer es un placer, deberíamos ser también capaces como sociedad de poder asegurarlo en todas las mesas del país.

¹ Víctor Ego Ducrot
«Los sabores de la Patria».
Ed. Norma, 1998.

² Víctor Ego Ducrot
«Los sabores de la Historia»
Ed. Norma, 1999.

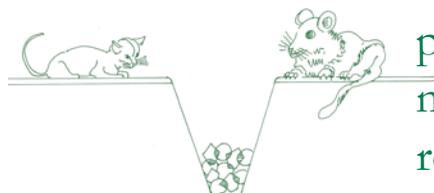


Un phármakon para el displacer

Epicuro

Displacer: Disgusto. Pena. Ausencia de placer.

Fármaco: del griego *phármakon*. Remedio.



«Lo hemos reconocido [al placer] como al primero de los bienes y conforme a nuestra naturaleza; él es el que nos hace preferir o rechazar las cosas, y a él tendemos tomando la sensibilidad como criterio del bien».

Por Gus Kassall

El gato y el ratón

Los ruidos de la calle golpeaban con tal fuerza que apenas si podía escucharlo. Hacía minutos me lo había topado en la vereda, y ahora compartíamos la mesa en ese bar que algunos insisten en llamar «El Progreso», una esquina marchita donde cafetea la paradoja. No hubo remedio. Lo vi venir pero fue imposible evitarlo, porque en esa zona del centro las veredas se angostan, y cuando me reconoció ya estábamos de frente, a pocos metros, arrastrados por un mar de extraños, respirando los sudores de los cuerpos y el humo ácido de la combustión de los coches. Se vino a saludarme con esa mueca de dientes desmesurados, esa sonrisa imbécil y un poco increíble que tanto lo hacía parecerse a la caricatura de un ratón. Lo cierto es que había, entre el ratón y yo, un negocio pendiente. Era necesaria cierta cortesía o se me iban a escapar, otra vez, unos cuantos dólares. Aún no había cazado a ese tipo. Fingí la sorpresa, me cuidé de soltar rápido su mano blanda y transpirada y dije alguna redundancia sobre el clima. El ratón no debía sospechar que no era mi mejor día; que lo odiaba a él tanto como había aprendido a odiar, últimamente, a gran parte de la humanidad.

Acepté el café forzando la sonrisa, maldiciendo, en silencio, ese encuentro desventurado. El ratón eligió una mesa junto a la ventana y se dejó caer en la silla, con una mueca indescifrable que podría haber sido de alivio o de dolor; en su cara daba lo mismo. Cuando se repuso, pidió café para los dos, insistió en pagar y se puso hablarme de inversiones, de viajes programados, de amantes y perfumes a precio de free shop, riendo con ese insoportable «jojójó» de pigmeo superado. Había, en sus gestos,

algo de brutal y de grotesco que exhibía sin vergüenza.

-El golf es un deporte extraordinario. Debería intentarlo. Si alguna vez practicó tenis, no tendrá problemas con el golf. ¿Tampoco practicó tenis? Es una pena. Es un placer del que no debería privarse.

Miramos la calle atascada. Los insultos y los gritos nos llegaban a través del vidrio sucio, empujados por las bocinas. Dejamos correr un silencio de varios segundos.

Cuando volví a mirarlo, noté que algo había cambiado su cara. Estaba sombrío.

-Placer...- repitió luego. Pero esta vez lo dijo desinflando la palabra, dejándola caer sobre la mesa como un peso muerto, poniendo en duda su significado real, quizás reconociendo que su enorme montaña de billetes ya no podía darle placeres sino goces blandos y desabridos; que su adquisición compulsiva de lujos debía crecer día a día para mantenerlo en pie. Y que muchas veces no alcanzaba. De pronto, por alguna razón que no llegó a confesar, el ratón se había puesto triste; ahora meneaba la cabeza y apretaba los labios, ahora no alardeaba sino que admitía, con una grandeza siniestra, que lo suyo eran hábitos del dinero y no placeres, porque todo lo que se hace hábito forzosamente deja de ser placer. Y que ya no recordaba -remató- qué cosas eran los placeres verdaderos.

De hecho, yo tampoco lo recordaba. Claro que no lo dije. No estaba con ánimos de confesión y, a decir verdad, me importaba muy poco la ciclotimia que operaba en el ratón. Mucho menos me importaba ese colmo del displacer, ese quejarse de lleno, esa angustia que le venía de atrás de la chequera. En buena medida, mi futuro dependía de sus dólares, y su falta de gusto por la vida, a fuerza de degustarla tanto, me resultaba irrisoria, poco menos que una burla.

Pero, a la vez, un sabor amargo me dolió por debajo de la garganta, algo que en cierta forma me hermanaba con el petiso que tenía enfrente. Al fin y al cabo, yo, el ávido de dinero, el hambriento de goces, el sometido a las injusticias del mundo y de la suerte, soñaba con ser un tipo como el ratón. De forma inevitable, estaba



El ratón no debía sospechar que no era mi mejor día; que lo odiaba a él tanto como había aprendido a odiar, últimamente, a gran parte de la humanidad.



Al fin y al cabo, yo, el ávido de dinero, el hambriento de goces, el sometido a las injusticias del mundo y de la suerte, soñaba con ser un tipo como el ratón.

puesto a transitar el camino del «displacer por no tener» al «displacer por tenerlo todo en demasía». Y mientras no lo lograba iba odiando al mundo, odiaba a tipos como el ratón. ¿Qué cosa me hizo pensar que yo era mejor que ellos? Éramos iguales: sus existencias me duplicaban. Apenas nos distinguían los ceros de nuestras cuentas bancarias.

Volví a mirar a la calle. El ratón había recuperado algo de su humor y otra vez hablaba como un loco. Mientras terminábamos el café, un vagabundo pasó por la vereda y nos saludó a través del vidrio, levantando su sombrero. Hubo algo extraño en la sonrisa de ese hombre, un gesto que no llegué a descifrar. Detrás de él, una pareja cruzó la avenida. Él llevaba su nariz pegada contra el pelo de ella y le hablaba al oído. Luego la abrazó. Entraron al hall de un edificio, subieron al ascensor y ya no los vi.

Seguimos en el bar, el ratón hablaba y yo lo escuchaba de a ratos, aburrido y sintiéndome sólo en compañía, mirando los coches que no avanzaban.

2 – Darío y Flora

-Éstas son las tardes -dije a Flora- en las que me alegra no tener un auto.

Tomé a Flora de la mano y cruzamos la avenida, abriéndonos paso entre bocinas e insultos. Segundos antes, un mendigo nos había pedido una moneda. Me detuve y busqué en el bolsillo. El viejo agradeció, saludó a Flora levantando su sombrero sucio y nos sonrió con

ternura. Después se fue caminando y bordeó el ventanal de «El Progreso», repitiendo el sombrero a dos hombres que tomaban café junto al vidrio. Uno de ellos hablaba sin parar, con gestos rápidos y cortos; el otro miraba afuera, visiblemente aburrido, a los coches que no avanzaban.

El calor era espantoso, pero eso no era algo que a Flora y a mi nos importara. Allá arriba, en ese departamento que alguien nos prestaba dos veces por semana, nos esperaba otra vez la intimidad y el placer. Después de haber falseado agendas y reuniones, volveríamos a construir nuestro espacio secreto y sedicioso; entraríamos, con la fe de los creyentes, a un recóndito universo de caricias y susurros. Sucedíamos a plena luz del día, y en esos momentos breves y sin prejuicios yo me encontraba y la encontraba a la vez, juntos desatabamos los nudos de la vida, llenábamos de lógica el mundo de allá afuera.

Porque allá afuera estaba el mundo ilógico de lo que ocurre todo el tiempo, de las formas gastadas, de las rutinas y los fracasos, de las inercias estoicas. Y nada de eso tenía con ver ni conmigo ni con Flora. Lo habíamos establecido unos meses antes, cuando nos conocimos y redactamos el contrato que yo ahora repetía para ella, mientras la abrazaba y subíamos al ascensor:

«Compromiso escrito que a partir de este momento tomamos Darío y Flora, y el cual firmamos y nos comprometemos a respetar:

Ambas partes, sean lo que sean, pero antes que nada amigos, se comprometen a aprender el uno del otro, a interesarse y ser curiosos con las cosas del otro. Quedarán prohibidos los celos y cualquier otro tipo de actitud que atente contra el placer puro, contra el goce de las cosas simples. Se harán el amor como adolescentes, en secreto, por las tardes, y luego volverán a sus rutinas esperando el nuevo encuentro. Jamás se mostrarán juntos. No caminarán de la mano por la calle, pero se las tomarán fuerte en los momentos de éxtasis. Totalmente prohibido enamorarse, ya que el amor lleva a la angustia y la angustia a la muerte del placer. Queda garantizado que...»

-Por favor –interrumpió Flora- basta con eso.

Con un gesto incómodo se libró de mi brazo. Arrojó el bolso y se sentó en el sofá, con las

rodillas muy pegadas. Me miró con un aire derrotado, vaciada de coraje.

-Es ridículo –dijo blandamente-.

-¿Qué cosa?

-Nuestra relación –y aquí la tristeza le dio el paso a un tono de reproche abrupto- Nuestra relación y ese estúpido contrato que no te cansás de repetirme, como si tuvieses miedo que lo olvide. ¿Tanto miedo tenés que lo olvide? ¿O a qué otra cosa le tenés miedo, Darío?

Ella.

¿Por qué ella?

Podría haberme declarado sorprendido, pero no lo hice. Me limité a escucharla, mientras miraba que, sobre la barra, una botella del mejor whisky ya acusaba sus últimos tres dedos. Flora, mujer palpitante. Flora, mi placer, muchacha prohibida que un día me había demostrado cuánto pueden coincidir en alguien el deseo y el valor. Y allí el estaba el whisky, acabándose. Y más al costado las envolturas del chocolate del encuentro anterior, y las colillas de los cigarros. Y un reloj. Todo era epitafio en ese ambiente del demonio. Si hasta ella parecía un coágulo blanco sobre el marrón del sofá, perdiendo ya su forma, ya su tiempo y su sentido.

Y ella, Flora, ¿qué estaría viendo al verme? Por qué no un whisky con tres dedos de contenido; por qué no una botella vacía, con saliva y nada más. Era el fin de ese placer que alguna vez se había declarado inagotable, y que ahora sólo nos dejaba las envolturas, que nos

El calor era espantoso, pero eso no era algo que a Flora y a mi nos importara. Allá arriba, en ese departamento que alguien nos prestaba dos veces por semana, nos esperaba otra vez la intimidad y el placer.

Flora, mujer palpitante. Flora, mi placer, muchacha prohibida que un día me había demostrado cuánto pueden coincidir en alguien el deseo y el valor

mostraba cuánto podían doler sus despojos.

Flora hizo un gesto resignado. Miró el reloj. Se puso de pié y caminó hacia la ventana.

—La vida es algo más que esto, ¿sabés? —dijo de pronto, con la voz quebrada, mientras señalaba el sofá. Y se puso a esperarme con ojos de huérfana, con una tristeza incalculable que le pesaba en los párpados, tal vez sabiendo de antemano qué respuesta había implícita en mi silencio. Después asintió con una mueca triste, me besó en la mejilla y caminó hasta la puerta. Se quedó mirándome unos segundos, pero no la detuve.

Fui hasta la ventana. Allá abajo, el tránsito se había liberado. Ya no había nadie en la mesa de «El Progreso». Vi que Flora cruzaba la calle, en diagonal a la plaza, sin volver la vista a mí. Pasó frente al mendigo de las monedas, que ahora se había estirado en un banco, a la sombra de un plátano: el viejo tenía los brazos cruzados sobre el pecho, las piernas estiradas una sobre otra y el ala del sombrero que le caía sobre los ojos. Cuando Flora pasó frente a él, su boca pareció sonreír.

3 – El mendigo

He aquí el hombre, eternamente a caballo entre el éxtasis y la angustia.

Has de leer, al menos una vez en tu vida, la verdad más grande que se ha escrito: el *Eclesiastés*. El hombre corre detrás de los placeres como quien corre detrás del viento. No comprende que el placer es, en esencia, la ausencia del dolor. O lo comprende cuando ya es tarde.

Decían los antiguos: «rechaza ese placer al que le sigue un sufrimiento mayor».

El placer ha de ser breve, porque es perenne como una rosa. Querer eternizarlo es corromperlo.

El placer ha de ser un bocado para el alma hambrienta. Pero al ser humano le gusta indigestarse, y ha escrito su historia dando saltitos entre el hambre y la indigestión.

Un sabio me confesó su propio *phármakon* para el displacer: «Desea poco, y lo poco que desees, deséalo poco».

No de otro modo se conserva el gusto por la vida. Lo demás es locura.

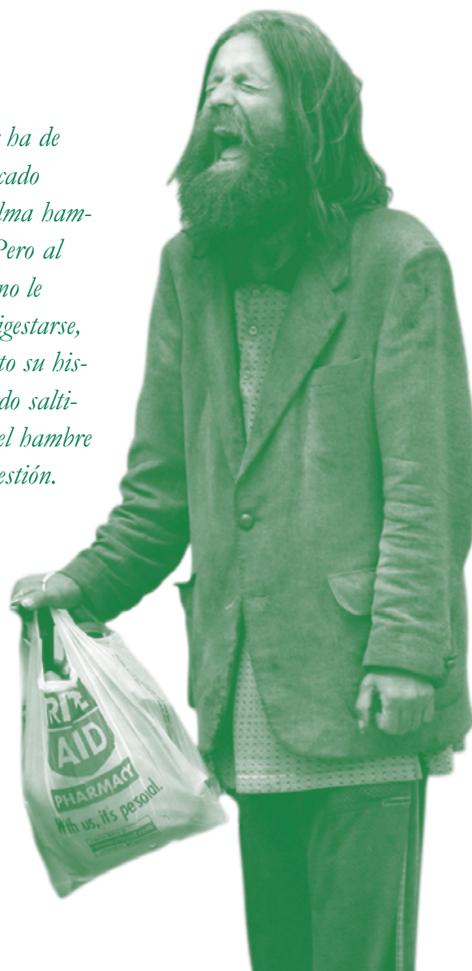
Pablo El Grande nos cuenta la historia de aquel Emperador que, insaciable en su hambre de conquista, implora a los dioses por una pequeña aldea de rebeldes que no lograba someter, en una zona muerta del desierto. Compasiva y tierna, su madre le dice: «Pensar que has llegado a este mundo con la sola necesidad de mi leche, y ahora todo Roma te parece insuficiente».

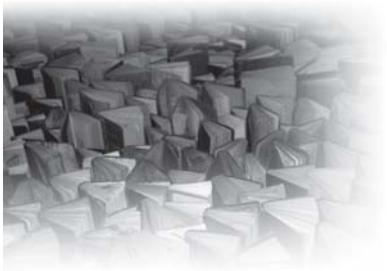
Han pasado los siglos. Pero el agua y el pan apenas si han mutado de sabor. Los amaneceres persisten con su delicia en el oriente, y esta plaza en la que descanso ha de regocijarme con la misma brisa que soplaba en los jardines de la antigua Babilonia.

Has de creerlo: no hay nada nuevo bajo el sol. Los placeres, tal como yo los concibo, no han cambiado. Los hombres tampoco.

Fui hasta la ventana. Allá abajo, el tránsito se había liberado. Ya no había nadie en la mesa de «El Progreso». Vi que Flora cruzaba la calle, en diagonal a la plaza, sin volver la vista a mí. Pasó frente al mendigo de las monedas,

El placer ha de ser un bocado para el alma hambrienta. Pero al ser humano le gusta indigestarse, y ha escrito su historia dando saltitos entre el hambre y la indigestión.





Recomendados de Crepúsculo

Historias de la Artámila

Ana María Matute



En esta serie de cuentos la escritora catalana pone de manifiesto su capacidad narrativa, y con su conocimiento del mundo del campo y el monte, despliega todas las vivencias, miserias y desavenencias de los personajes (su abuelo, la cocinera, el maestro, el cura, el medico, el jefe de la guardia civil, etc.) que participan de estas historias, historias narradas por una niña, quién en compañía de sus hermanos es capaz de enfrentar o huir de los más grandes desafíos. *La rama seca*, *El ausente*, *Los pájaros* son parte de esta muestra donde prima la pobreza y el desamparo, pero donde hay también un resquicio de esperanza. *Don payasito*, *El rey* y *La fiesta* nos muestran la fantasía, la ilusión y el anhelo de los niños y adolescentes inmersos en este poblado montaraz, desafiante y agresivo. La autora de *Los hijos muertos*, es miembro de la Real Academia Española, y es considerada una de las mejores escritoras de habla española del siglo XX.

Nocturno hindú

Antonio Tabucchi



En esta novela Tabucchi cuenta la historia de un escritor que recorre la India en búsqueda de un amigo desaparecido, quizá sólo para encontrarlo, tal vez para vengarse por desavenencias del pasado. En su recorrido por Bombay, Madrás y Goa nuestro protagonista visita entre otros lugares: hoteles, un hospital, una estación de trenes y el Taj Mahal cruzándose con personajes extraños; un enano que lee el karma a los peregrinos, un jesuita portugués, un profeta que viaja en tren, un gnóstico de una sociedad teosófica, y una joven y atractiva mujer, son parte de sus encuentros. Por momentos el relato tiene tintes de Siddharta y de las aventuras de Kim. Un relato corto pero entretenido, intrigante e intenso. El autor de *Sostiene Pereira* despliega aquí toda su capacidad narrativa y mantiene vivo al lector durante todo el recorrido del relato.

